

# PINOCHO

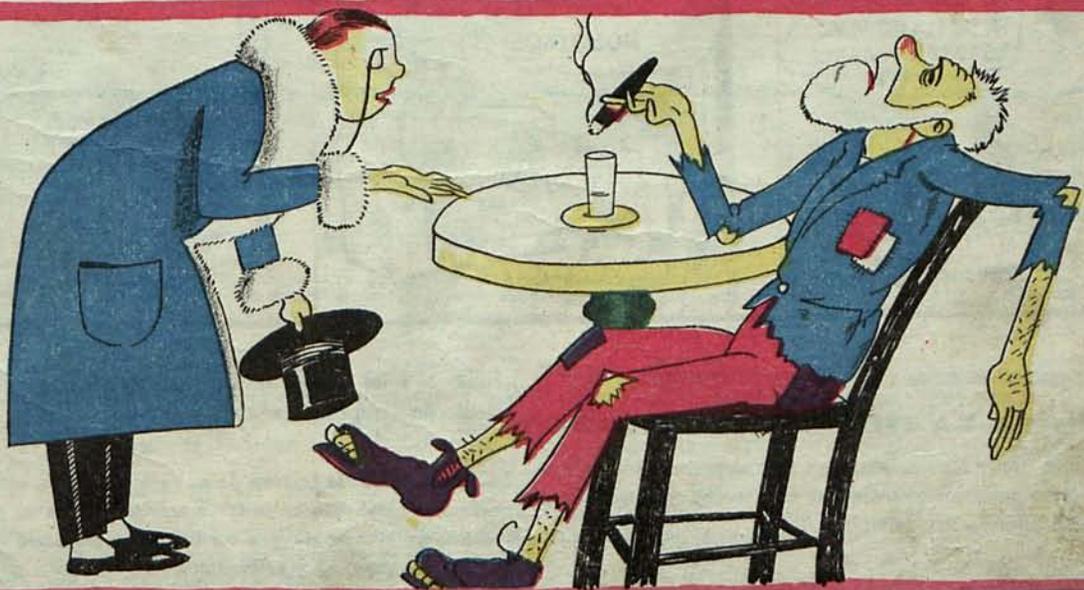
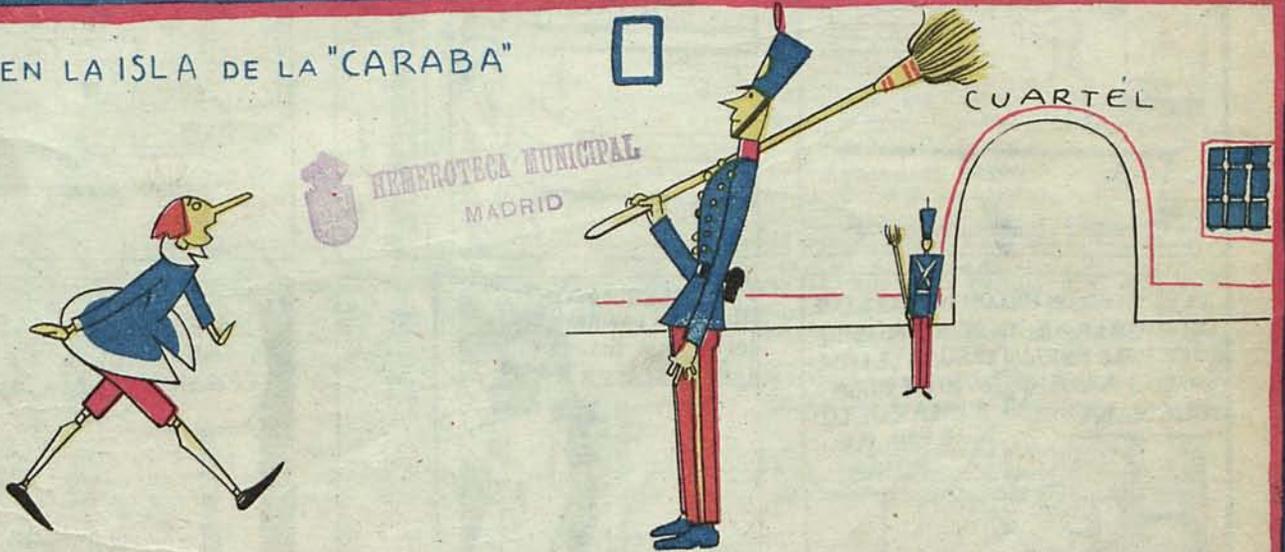
SEMANARIO INFANTIL

AÑO I  
NUM 46

40 Cents.

3 ENERO  
1926

PINOCHO EN LA ISLA DE LA "CARABA"



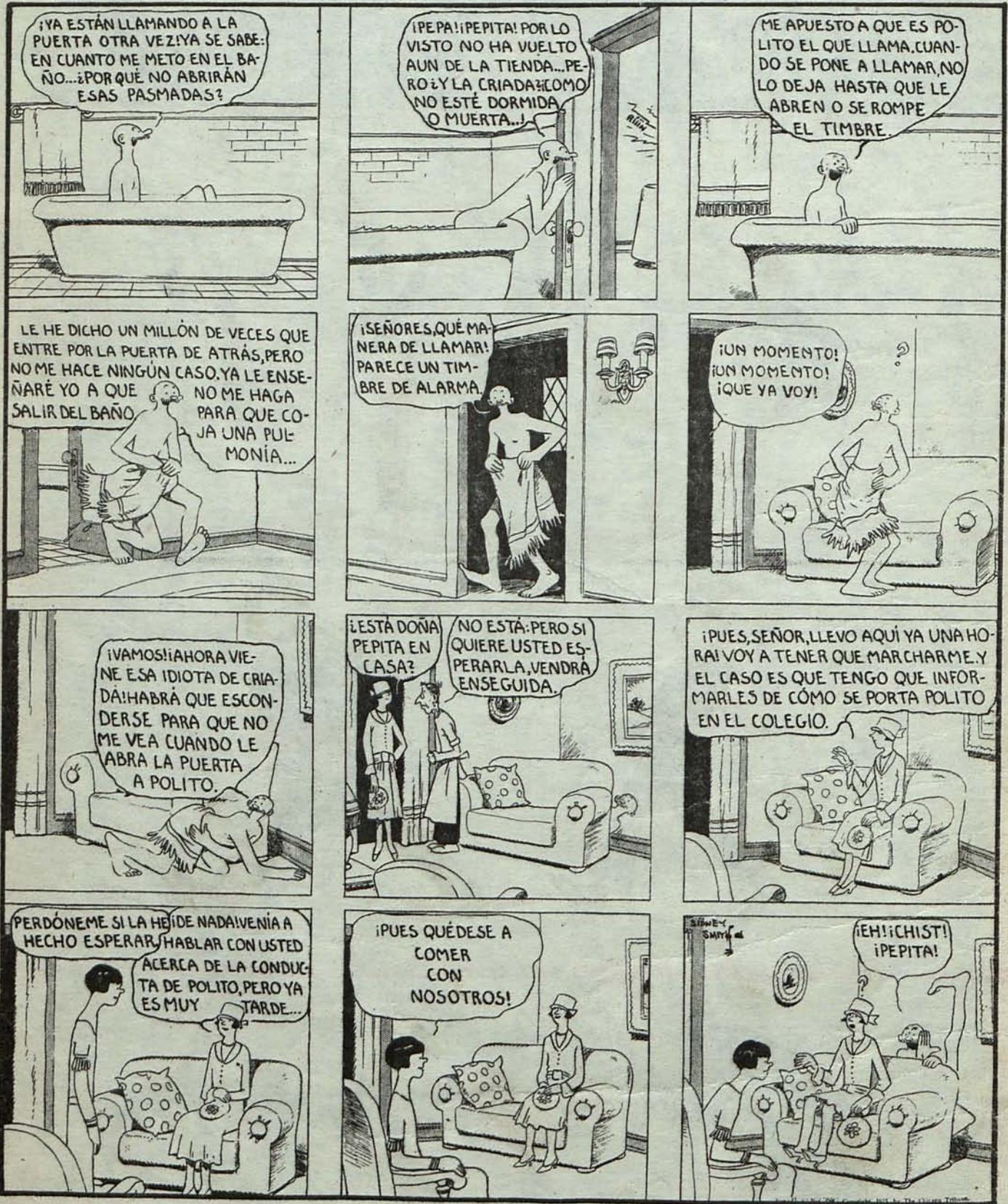
VEASE LA EXPLICACION DE ESTOS DIBUJOS EN LA PAGINA SIGUIENTE

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRIPCIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



## PELAGIO CARAMILLO Y FAMILIA



EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS DE LA CUBIERTA

### PINOCHO EN LA ISLA DE «LA CARABA»

Pinocho pasa frente a un cuartel y ve con sorpresa inaudita a un soldado de cuota haciendo guardia con una escoba. ¿Cómo barrerán en aquel cuartel? ¿A tiro limpio?

□ □

Sigue su camino, y ve con asombro que un ratero que acaba de

robar un reloj de oro lleva preso a un guardia, que sólo cometió el delito de dormir apoyado en un farol.

□ □

¡Más aún! En la terraza de un café en donde, como es natural, en este país carabesco no se toma achicoria, ve a un pobre astroso tomando un «vermout» y a un banquero pidiendo una limosnita por Dios para gasolina y neumáticos.

(Continuará en el número próximo.)



# PINOCHO Y LOS DEPORTES



## Crónica deportiva

POR DUX.

El tiempo sigue su marcha, y a medida que transcurre avanzan los acontecimientos del campeonato futbolístico.

Pasemos ligeramente revista a los más recientes acontecimientos.

Después de la derrota que al «Real Madrid» le infligió la «Gimnástica», en la región centro terminaron los Clubs rivales «Athletic» y «Madrid» su primera vuelta. El Club campeón lleva un punto de ventaja, y la ventaja más apreciable es la de que los partidos de la segunda vuelta más duros para él —cuales son los que tiene que jugar con el «Madrid» y la «Gimnástica»— han de desarrollarse en los terrenos del Stadium.

De la región catalana nos llegan noticias como las del triunfo del «Tarrasa» en la copa de Barcelona y el homenaje del guardameta nacional Zamora. Pronto ha de dar comienzo el campeonato, y se han de ver cosas muy curiosas. Prueba de esta situación de ánimo en que se encuentran los elementos futbolísticos es el que en un partido de carácter amistoso, cual fué el jugado en honor a Zamora, la emprendieran a golpes jugadores de bandos rivales, que ni en un acto de homenaje para un compañero supieron disimular su rencor.

La «Real Unión» de Irún, por medio de su reciente triunfo frente al «Osasuna», ha ganado algo en la puntuación del campeonato, seriamente lesionada en sus encuentros con los donostiarras, de los que ha salido malparada.

Los santanderinos siguen su marcha. Y el caso es que juegan más en las asambleas que en los campos de fútbol.

La Federación gallega ha recibido un ejemplar castigo. Si con este procedimiento se pudiera dar fin de trapacerías y chanchullos...

Interesantes han sido las declaraciones de Paulino después de su combate con el campeón alemán; parece ser que los jueces alemanes han cometido todo género de irregularidades.

Claro es que la verdad se impone siempre, y de nada le sirvieron al campeón alemán los manejos de sus compatriotas...

Cuando leáis estos renglones, queridos pinochistas, se habrá efectuado en Madrid probablemente el «match» de campeonato entre Ruiz y Cíclone, en el que ambos púgiles se disputan el título de campeón de España, que hoy posee Cíclone, y el de campeón de Europa, que hoy posee Ruiz.

Este encuentro establecerá de fijo el «record» de emoción e interés pugilístico.

Los campeonatos catalanes de «tennis» han sido una espléndida manifestación en España de este deporte tan airoso como lucido y aristocrático.

El deporte de la nieve se encuentra en pleno apogeo.

El Torneo madrileño de Pinocho se reanudará; para ello la deportiva y prestigiosa Sociedad «La Cultural Deportiva» nos cede-



Los amigos de los niños.

He aquí a Heliodoro, el que fué famoso campeón español de lucha greco-romana, hoy reputado profesor de cultura física de la Agrupación deportiva municipal, dando una clase de lucha a sus discípulos en la Peñota (Sierra de Guadarrama). — Heliodoro Ruiz, técnico en esta clase de ejercicios, es uno de los convencidos de que más necesario que el mismo ejercicio es que éste se realice al aire libre. — (Foto Alvaro.)

Esta ha sido una de las pocas labores meritorias que la Asamblea futbolística ha llevado a cabo. Es necesario, absolutamente necesario, tratar con mano dura estos casos, que no son sino síntomas de descomposición futbolística, que terminaría por invadirlo todo y todo echarlo a perder.

De boxeo, poco nuevo. Paulino sigue su marcha triunfal. Después de haber hecho morder el tapiz a Breinstenstratte, su situación en Europa es envidiable; y si aún le falta combatir con Spalla para lograr el título de campeón europeo, es, sin duda, moralmente la primera figura de Europa en la categoría de pesos fuertes.

rá su campo; las jornadas serán lo que fueron: gloriosas para Pinocho y para los equipos pinochistas.

La marcha se forzará en lo posible, y así se llegará a un final más inmediato. Es inusitado el movimiento de creación de equipos pinochistas que ha provocado la sin par oferta de Pinocho.

Son innumerables las cartas que a diario se reciben pidiendo datos y dándonos cuenta de los trabajos preliminares a la formación de estas ligas pinochistas.



# ¡AHÍ VA ESA MOSCA!

UNA FORMIDABLE COPA DE PLATA PARA CADA GRUPO DE EQUIPOS PINOCHISTAS EN TODA ESPAÑA

En el número 43 aparecieron mal redactados los artículos adicionados cuyo texto definitivo es el que dimos en el N.º 45 y repetimos aquí. También rectificamos ahora el artículo 12 que debe entenderse redactado como aparece en este número.

## REGLAMENTO

Artículo 1.º Por toda capital de provincia o ciudad de más de 40.000 almas que reúna cuatro o más equipos pinochistas, Pinocho comprará una formidable copa de plata, que será adjudicada al Club que resulte vencedor del torneo local.

Art. 2.º Una vez formada lo que pudiéramos llamar Liga Pinochista de X, los componentes de ella (capitanes de cada uno de los Clubs) designarán a una persona respetable y de solvencia social que les represente cerca de nuestro Comité organizador.

Art. 3.º El Comité organizador de los «Torneos de Pinocho» residirá en nuestra Redacción, Valencia, núm. 28.

Art. 4.º En cuanto el Comité organizador tenga noticia de la organización de una Liga local, adquirirá el trofeo origen de esta deportiva competición.

Art. 5.º En los «Torneos de Pinocho» se seguirá la marcha llamada de eliminación.

Art. 6.º El presidente de la Liga será el llamado a resolver cualquier caso o incidente local, si es que éste se produjese.

Art. 7.º Para estos partidos, los Clubs contendientes nombrarán el árbitro de común acuerdo.

Art. 8.º Si antes de las doce horas anteriores a la fijada para dar comienzo al partido no hubiese recaído acuerdo sobre el arbitraje, esta cuestión será resuelta por el presidente de la Liga social.

Art. 9.º La duración de los partidos no podrá exceder de una hora, siendo, como es natural, los tiempos de media hora.

Art. 10. El trofeo será remitido contra el envío de las actas de los partidos jugados y la fotografía del Club vencedor.

Art. 11. En la Revista PINOCHO se publicarán con la debida amplitud las reseñas de estos partidos, así como toda clase de información gráfica.

Art. 12. El plazo en que deben inscribirse las «Ligas» queda abierto hasta nuevo aviso.

Art. 13. En todas las reclamaciones que el Presidente de la Liga formule entenderá, sin apelación, el Comité organizador.

Art. 14. Los preceptos reglamentarios del juego serán los establecidos en el Reglamento de la F. I. F. A.

### Artículos adicionales.

A) El Comité organizador está facultado para admitir o rechazar cualquier grupo o Liga cuando ésta no esté constituida con arreglo a los preceptos reglamentarios o en el caso especial que lo crea menester.

B) El Comité organizador resolverá *sin apelación* todo litigio, duda o caso imprevisto.

C) El tomar parte en este torneo supone la aceptación plena de todas las condiciones, así como de todas las decisiones del Comité organizador y la renuncia a toda clase de protestas o reclamaciones por cualquier concepto.

### Nuestros colaboradores.

#### Cómo se juega al «croquet».

El juego del «croquet» es de procedencia francesa, y data de los tiempos de Luis XVI. Este monarca practicaba con verdadero entusiasmo este deporte en los jardines de Versalles. Pronto se impuso este juego, se hizo popular, y hoy es conocidísimo en Europa y América.

# LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—Estoy preparado para recibirlo.  
—Ten cuidado... que tienen unos dientes...  
—Pero felizmente la boca la tienen mal dispuesta para hacer presa.

—¿Y la cola?  
—Ya nos guardaremos de ella. ¡Eh! ¡Me parece que llega!  
—Saltad sobre mis hombros, patrón.  
—¡Tente firme!

Vicente se apoyó sobre el robusto torso del pescador y, con un vigoroso impulso, pudo desde arriba lanzar una rápida ojeada.

A quince o veinte pasos vió salir del agua bruscamente una cabeza puntiaguda, algo roma, de un color blanquecino, y además por bajo de ella una boca semicircular armada formidablemente.

—Ya viene —dijo dejándose caer al agua.  
En aquel momento se oyó una voz lejana.

—¡Vicente...!  
Era la voz del doctor.  
—¡Háganos una señal, señor Bandil —respondió el pescador.

—¿Le habéis visto?  
—Sí, y estamos esperando a que se nos lance encima.

—No perdáis los ánimos.  
—Tenemos valor suficiente.

No temáis por nosotros, doctor.  
Después, volviéndose hacia Miguel, dijo con calma:

—Mírale a la cola y dale el golpe mortal.

El tiburón había olfateado ya la presa y avanzaba hacia los pescadores prudentemente. Parecía como si quisiera primero conocer bien de cerca a sus adversarios.

No era uno de esos grandes tiburones que se ven frecuentemente en las aguas del Océano Índico, verdaderos monstruos que miden a veces hasta ocho metros de longitud y cuya boca puede partir a un hombre por la mitad.

Apenas si tendría unos tres metros y medio, tamaño corriente entre los que habitan en el Mediterráneo; pero no era un adversario despreciable: a pesar de su tamaño era terrible.

Si no tienen iguales dimensiones a los del Océano, tienen, en cambio, desmedida afición por la carne humana, y por poderla comer no vacilan en afrontar luchas sangrientas.

Su fuerza es extraordinaria y su valor raya en la locura. Por pequeños que sean, no dudan en lanzarse contra el imprudente que osa bañarse en los sitios por ellos frecuentados, o contra el desgraciado marinero que, por un accidente cualquiera, cae de la nave al mar.

Los dos pescadores, que habían sido marineros, sabían esto perfectamente, y por eso se mantenían en guardia, prontos a rechazar el ataque.

El tiburón estaba ya muy cerca. Nadaba en torno a ellos, buscando las aguas luminosas, sin producir rumor. Agitaba sus anchas aletas tan imperceptiblemente, que apenas parecían moverse y su cola estaba casi quieta. Parecía que pretendía sorprender a su presa.

Miguel y Vicente, a unos cinco pasos de distancia el uno del otro, con el cuchillo en la diestra, espiaban atentamente los movimientos del monstruo. Nadaban lentamente, prontos a retirarse para esquivar el primer ataque.

—¡Mira! —murmuró de repente el patrón.  
El enorme pez se había detenido y miraba a Miguel con sus dos ojos azul oscuro, que centelleaban de un modo extraño entre la fosforescencia de las aguas. Aquella mirada estaba poseída de un terrible poder de fascinación.

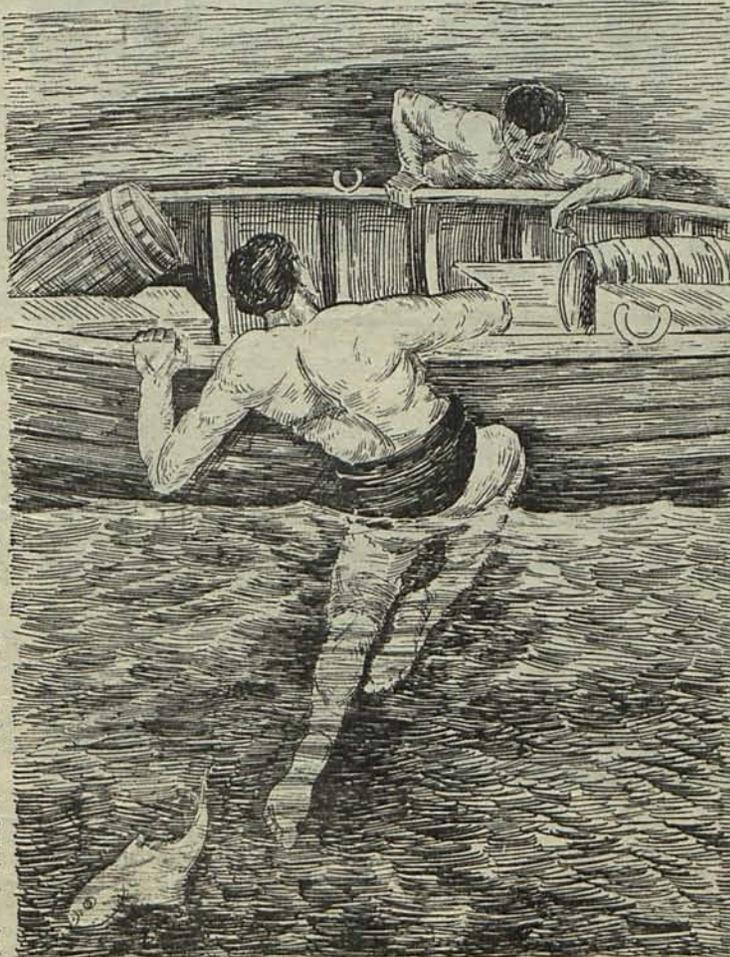
De improviso el tiburón, con impulso enorme de su cola que levantó una gran oleada, se lanzó sobre Miguel, que era el que tenía más cercano.

Viendo que se le venía encima, el pescador se sumergió con rapidez; pero apenas vió que el enorme cuerpo de su enemigo pasaba por encima, rápido como el rayo asestó un golpe.

La hoja aguda y afilada se introdujo toda en el vientre del monstruo, produciéndole un horrible brecha, de la que salía un gran chorro de sangre que enrojeció las aguas luminosas.

Casi en el mismo instante Vicente, viendo a su adversario al alcance de su mano, le asestó otras dos cuchilladas.

El tiburón, con el vientre desgarrado y el hocico destrozado, sacó medio cuerpo fuera del agua y después se sumergió rápidamente, desapareciendo en los abismos de la gran caverna, tras una línea sangrienta.



Los dos pescadores salieron en seguida a flote.

—¿Estás herido? —preguntó Vicente a Miguel.

—Ni un arañazo siquiera, patrón —contestó el joven.

—Creo que ya tendrá bastante con eso el maldito traga-hombres. ¡Señor Bandil!

—¡Vicente! —respondió una voz lejana.

—¡Ya tiene lo suyo el tiburón!

—¿Estáis sanos?

—Sí, doctor.

—¡Pues a la canoa ahora!

—En seguida, señor Bandil.

Los dos pescadores, seguros ya de no ser molestados, se pusieron a nadar vigorosamente ansiosos de llegar a la chalupa. Además se fiaban muy poco de aquellas aguas, porque del mismo modo que aquel tiburón había salido del túnel, otros podrían imitarle.

Cinco minutos después abordaban la embarcación. Al parecer, nada había sufrido a consecuencia de la oleada; sólo las cajas y los barriles se habían movido de su sitio, colocándose hacia la proa.

Miguel y su patrón saltaron a bordo, con gran cuidado de no volcarla o desgarrar la tela, y agarrados los remos se dirigieron hacia la pequeña ensenada donde estaban sus compañeros. El doctor señalaba el lugar de desembarco encendiendo cerillas.

Cuando hubieron desembarcado, el señor Bandil abrazó a

los dos arriesgados mozos y dijo con voz conmovida:

—A vosotros os debemos nuestra salvación.

—¡Bah...! El asunto no ha sido tan difícil de realizar —dijo Vicente.

—¿Y el asalto del tiburón? ¿Lo habéis olvidado?

—Eso no ha sido nada. Tres cuchilladas y todo se acabó. Doctor, comamos algo, que este baño nos ha abierto un apetito mayor que el que tenía el tiburón.

Roberto, ayudado por Miguel, encendió una nueva lámpara de alcohol, y preparó en poco tiempo una excelente comida que fué rociada con una botella de vino de Conegliano, y supo a gloria a aquellos lobos de mar.

Calmada el hambre se embarcaron los cuatro exploradores, deseando abandonar aquella caverna que por poco no se convirtió en su tumba.

La travesía del lago se verificó sin incidentes y media hora más tarde la canoa navegaba por las aguas de la galería.

La marea subía de poniente a levante, arrastrando consigo miriadas de noctilucas y otros políperos fosforescentes, así que Miguel y



Roberto se veían obligados a tomar otra vez los remos para vencer la corriente que se hacía sentir bastante fuerte.

Aquella fatigosa maniobra, sin embargo, no debía durar mucho tiempo, porque desde la oleada habían transcurrido ya seis horas casi, y sería cuestión de minutos.

En efecto, media hora más tarde, un sordo fragor que salía de la galería anunció a los exploradores el cambio de la marea. Aquel ronco mugido que centuplicaba el túnel tenía algo de pavoroso. Parecía como si cien elefantes galopasen por aquella galería barritando estrepitosamente.

Poco después una onda espumosa y llena de fosforescencia aparecía bruscamente en una de las revueltas de la galería y se precipitaba sobre la chalupa, haciéndola ladearse con gran violencia.

Las cajas y los barriles, por efecto de aquella sacudida, se corrieron de sus sitios, pasando por entre las piernas de los remeros, pero ningún daño sobrevino a bordo.

Pasada la onda, las aguas recobraron su calma habitual y la canoa pudo reanudar su marcha favorecida ya por la corriente.

Con el cambio de la marea, también cesó la fosforescencia. Miles de noctilucas, arrastrados por aquella muralla líquida, se dirigían ahora hacia el mar, desapareciendo bajo las bóvedas del canal. Las tinieblas invadieron otra vez el agua.

—Se diría que se ha hecho otra vez de noche —dijo Vicente—. Ahora tendremos que esperar otras seis horas para que vuelva la luz. Por lo menos todos esos políperos nos alegraban la vista.

Durante dos horas continuaron los exploradores avanzando lentamente, examinando cuidadosamente las paredes para ver si había más cavernas o excavaciones.

La galería se mantenía siempre igual. Sus bóvedas eran regulares y sus paredes bien talladas y niveladas. Únicamente había cambiado la naturaleza de la roca.

El tufo calcáreo había cambiado para dar lugar a una piedra negra que lanzaba extraños reflejos. Hubiérase dicho que el túnel estaba abierto al través de un yacimiento carbonífero.

Acaso fuese cierta la suposición, pues el aire del canal estaba henchido de olor a gas. A veces llegaba al olfato de los navegantes un olor penetrante, como de emanaciones de betún o de petróleo.

—¿No sentís este olor, doctor? —dijo Vicente—. Cualquiera diría que hay por aquí algún depósito de petróleo.

—Ya lo he notado —respondió el señor Bandi—, y os advierto que me causa cierta inquietud.

—¿Por qué, doctor?

—Este olor nos indica que no estamos muy lejos de un yacimiento o un pozo de petróleo.

—¿De un pozo? ¿Será posible, señor Bandi, que haya también pozos de petróleo en Italia...? Yo creía que sólo existían en los alrededores del Mar Negro y en América.

—Los pozos de petróleo no falta en nuestro país, Vicente, y si todos fuesen explotados seriamente, no tendríamos necesidad de proveernos del ruso o del americano.

La provincia de Parma, por ejemplo, es riquísima en pozos, e igualmente la de Caserta. Hay, además, en los terrenos de Tocco, los Abruzos y en Sicilia.

—¿Y no recogen ese petróleo?

—Sí, pero mediante procedimientos primitivos, que harían reír a los rusos y a los americanos si los viesen. Una verdadera industria petrolífera no ha sido aún implantada entre nosotros; pero se dice que se está formando una poderosa Sociedad extranjera para explotar nuestros yacimientos.

—¿Y creéis que sean tan ricos en ese líquido que puedan competir con los americanos?

—No se extraerá nunca de ellos una cantidad tan inmensa como la que se produce en los Estados Unidos y en el Canadá; pero estoy convencido de que obtendríamos de ellos la cantidad suficiente para nuestro abastecimiento industrial.

—He oído referir que los propietarios de los pozos del otro lado del Atlántico sólo obtienen unos cuantos miles de litros al día.

—Millares de barriles, amigo mío, y también de millones. Piensa en que hay allí más de cinco mil pozos, y que uno sólo, el de Euris-

killen, ha dado en dos años la friolera de diez y seis millones de litros de petróleo casi puro y refinado.

—¿Es que el petróleo no sale puro de la tierra?

—Nunca. Alguna vez se le halla bastante limpio, y es lo que ahora llamamos nafta; pero generalmente aparece con un color rosado y otras de color negro viscoso, como pez derretida, que es lo que llamamos betún. Se encuentra, en fin, también en estado sólido, conocido con el nombre de asfalto.

—Entonces, ¿hay que purificarlo siempre antes de introducirlo en el comercio?

—Casi siempre, Vicente —respondió el doctor.

—¿Y creéis que estamos cerca de uno de esos pozos?

—Yo os digo que estas aguas están impregnadas de él.

—¡Oh!

—Y os aconsejo que no arrojéis en ellas ninguna cerilla para que no se inflamen. Encendamos una linterna y vamos a verlo.

El señor Bandi tomó una lámpara de seguridad sistema Davis, de las que se emplean en las minas, no atreviéndose a usar la antorcha que ardía en la canoa, y la encendió; después se inclinó sobre la corriente y proyectó la luz sobre las aguas.

Pronto vieron en la superficie unas manchas negruzcas y viscosas

que sobrenadaban en gran cantidad, girando y retorciéndose como serpientes. Un olor agudo y penetrante se elevaba de aquella mezcla de materias nauseabundas y glutinosas, irritando los pulmones y los olfatos de los cuatro navegantes.

El doctor se levantó de pronto, y de un soplo apagó la luz de la antorcha.

—¿Por qué la habéis apagado? —dijo Vicente.

—Un momento, quizá, de retraso, podía habernos acarreado una desgracia —respondió el señor Bandi—. Este aire está saturado de gas inflamable, y una chispa puede inflamarlo.

—¿De dónde sale ese gas?

—De la fuente petrolífera.

—Pero yo no la veo aún.

—La veremos pronto, Vicente. El aire viene cada vez más recargado de gas.

—¿Y su lámpara no será peligrosa?

—No temas; está fabricada precisamente para evitar las explosiones y se puede llevar impunemente aún en las minas del gas más inflamable, o sea el grisú.

Todavía podemos pasar un buen cuarto de hora sin que este gas se encienda o nos perjudique.

—¿Es decir...?

—Sin que experimentemos los síntomas del envenenamiento.

—¡Diablo!

—Ya se ha observado que los gases emanados por el petróleo ejercen sobre el organismo humano una acción tan extraña como la que ejerce otro gas llamado óxido de azoe. Comienza a experimentar una especie de embriaguez; después sobreviene de repente una especie de delirio, la vista se ofusca, y si no se saca en seguida a la persona al aire libre, muere en pocos minutos.

—¿Tendremos nosotros que pasar por igual peligro?

—Espero que no, Vicente. De todas formas estad preparados para huir en seguida a fuerza de remos.

Mientras avanzaba la canoa, las emanaciones gaseosas se iban haciendo más penetrantes. Un olor acre y picante que invadía toda la galería se agarraba a la garganta, provocando grandes accesos de tos y causando picor en los ojos. Los tres pescadores y el doctor lloraban abundantemente, aunque no tenían ganas de ello.

—Decidme, señor Bandi, ¿durará esto mucho? —dijo Vicente al cabo de un cuarto de hora—. Os aseguro que no puedo resistirlo más.

El doctor no contestó. Encorvado sobre la proa examinaba los surcos negros de la superficie del agua, que iban en aumento formando grandes amasijos de materias betuminosas.

Parecía absorto en buscar la grieta de la cual salía el petróleo. Vicente iba a repetir su pregunta cuando el doctor, agarrándole por un brazo, le dijo:

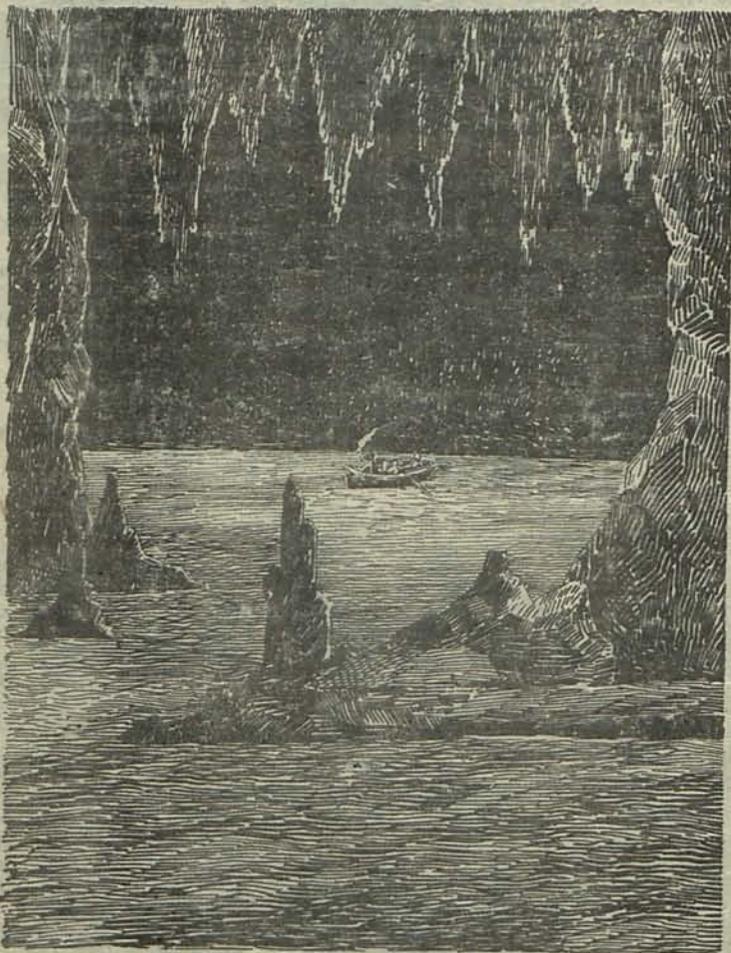
—¡Escucha!

El pescador prestó oído y oyó, hacia la pared derecha del canal, un gorgoteo sordo.

—¿Qué hay allí? —preguntó.

—Es la fuente —contestó el doctor.

(Continuará en el número próximo.)





# EL ZAPATERO DEL CAIRO

CUENTO DE

LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Poco después se le acercó una mujer, y también le dió un puñado de oro; alejóse la pobre rogando a Dios por él, y fué a contar lo que le sucedía a los otros mendigos; todos vinieron, uno detrás de otro, y a cada cual le daba Maaruf un puñado de monedas, hasta que se le acabaron los mil dinares que llevaba. Entonces empezó a golpear una palma de la mano contra otra, diciendo:

—¡Dios nos basta! ¡El es nuestro excelente protector!

—¿Qué te pasa, comerciante Maaruf? —le preguntó el jefe del mercado.

—Parece —respondió— que la mayor parte de la gente de esta ciudad son pobres y mendigos. Si yo hubiera sabido que eran tantos, me hubiera traído en las alforjas una buena suma de dinero para darla en limosnas a los pobres. Temo que se prolongue la ausencia de mi patria, pues tengo la costumbre de no rechazar a ningún pobre; pero ya no me queda oro, y si se me acerca alguno, ¿qué le digo?

—Contéstale: «Dios te ayude» —le insinuó el jefe.

—No es esa mi costumbre —contestó Maaruf—. Me apena lo que sucede. Desearía tener mil dinares para darlos de limosna mientras llegan mis mercancías.

—No te preocupes —le dijo el jefe del mercado, quien a la vez enviaba a uno de sus subordinados en busca de mil dinares, que entregó a Maaruf, el cual fué dando a cada pobre que se le acercaba pidiendo limosna. El almuédano llamó a la oración del mediodía; entraron a rezarla en la mezquita. Y Maaruf tiró a la repelea las monedas que le habían sobrado por encima de las cabezas de los fieles, que se fijaron en él y comenzaron a rogar a Dios por su salud, en medio de la estupefacción de los comerciantes, que no sabían si admirar más su riqueza o su generosidad.

Se dirigió a otro comerciante y le pidió otros mil dinares, que fué repartiendo igualmente. El comerciante Ali veía lo que su compatriota estaba haciendo y ni siquiera podía hablarle. Siguió Maaruf dando muestras de su esplendor hasta que llegaron a la oración de la tarde. Entró a la mezquita, hizo sus rezos y repartió el dinero que le quedaba. Cuando cerraron la puerta del mercado había tomado cinco mil dinares y los había repartido. Y a todos aquellos que se los habían dado les decía:

—Hasta que venga mi caravana. Si quieres que te devuelva el oro, te lo daré. Si prefieres cobrarte en telas, bien me parecerá, pues de todo traigo una gran cantidad.

Por la noche, el comerciante Ali invitó a cenar a Maaruf y a los demás comerciantes; le sentaron en medio de todos ellos, y no les hablaba sino de telas y de piedras preciosas; y de todo lo que le mencionaban, decía: «Traigo una gran cantidad de ello».

Al día siguiente se dirigió al mercado y fué pidiendo a los comerciantes dinero que repartía a los pobres. Así continuó por espacio de veinte días, habiendo llegado a pedir prestados sesenta mil dinares; y ni llegaban sus mercaderías ni una mala plaga. La gente empezó a clamar por su dinero, y decía:

—Las mercaderías de Maaruf no llegan. ¿Hasta cuándo seguirá él tomando dinero prestado para darlo a los pobres?

—Mi opinión es —dijo uno de ellos— que vayamos a preguntar a su compatriota, el comerciante Ali.

Y, dirigiéndose a él, le dijeron:

—¡Oh, comerciante Ali! las mercancías del comerciante Maaruf no llegan.

—Tened un poco de paciencia —les contestó—, pues no pueden tardar mucho en venir.

Y luego habló reservadamente con Maaruf y le dijo:

—¡Qué es lo que haces, Maaruf? ¿Yo te dije: «tuesta el pan o quema el pan»? Los comerciantes empiezan a clamar por sus dineros, y me han informado de que te han dado ya sesenta mil dinares, que tú has repartido a los pobres. ¿Cómo pagarás tu deuda, si tú no compras ni vendes?

—¡Bah! —contestó displicente Maaruf—. ¿Qué puede suceder o qué son sesenta mil dinares? Cuando venga mi ca-

ravana se los devolveré, si quieren en telas, o si lo prefieren en oro y en plata.

¡Santo Dios! —exclamó asombrado Ali—. ¿Pero tú tienes mercaderías?

—Muchas, en gran cantidad —contestó con aplomo Maaruf.

—¡Dios y todos los Santos —gritó enfurecido Ali— te den la recompensa que merece tu villanía. ¿Tendrás el valor de contestarme esto a mí, precisamente a mí, que te enseñé lo que habías de hacer? ¡Yo diré a la gente quien eres tú!

—Anda, anda pronto y sin hablar tanto. ¿Que yo soy un pobre? En mi caravana vienen muchas cosas, y cuando llegue, cada uno de los que me han prestado dinero cobrará su cantidad doblada. Yo no necesito de ello.

—¡Sinvergüenza! —gritó, rabioso, Ali—. ¡Yo diré sin falta quien eres tú! ¿Por qué me mientes a mí y no te sonrojas?

—Lo que a ti se te ha ocurrido —contestó con aplomo Maaruf— yo lo he puesto en práctica. Mis acreedores esperarán a que lleguen mis mercaderías, y entonces cada uno recobrará la cantidad que haya dado, y con aumento.

Y dicho esto lo dejó solo y se marchó. Ali se quedó pensativo y se decía: «Yo lo he alabado antes; si ahora descubro sus malas acciones, quedaré por embustero y caeré en el número de aquellos que dice el refrán: «Quien alaba y censura a la vez a un mismo individuo, es dos veces mentiroso.» Y se quedó perplejo respecto a lo que debía de hacer. Los comerciantes no tardaron en llegar, diciéndole:

¡Oh, comerciante Ali! ¿Has hablado con él?

—Señores —les respondió—, me ha dado vergüenza, pues le presté mil dinares y no me he atrevido a hablarle de ellos. Cuando vosotros le disteis el dinero no me consultasteis a mí, ni me dijisteis una palabra. Reclamádselos, y si no os lo devuelve quejíos ante el Rey de la ciudad y decidle: «Es un impostor que nos ha engañado», y el Rey le obligará a que os dé una satisfacción.

Siguiendo este consejo, los comerciantes se dirigieron al Rey y le informaron de lo que sucedía.

—¡Rey del tiempo! —le dijeron—. Estamos perplejos con respecto a lo que nos sucede con este comerciante, cuya generosidad es excesiva. El ha hecho tal y tal cosa, y todo el dinero que ha tomado de nuestras cajas lo ha repartido a puñados entre los pobres; si fuera hombre de modesta posición no se permitiría instintivamente derrochar el oro a puñados y dárselo a los mendigos; si fuera hombre rico ya nos lo hubiera probado con la llegada de su caravana, y nosotros no vemos por parte alguna sus mercaderías, aunque afirma a todas horas que las tiene y que llegarán de un momento a otro, y aunque a todas nuestras preguntas por cualquier clase de tela, contesta que trae de ella en abundancia. Ha pasado un largo plazo de tiempo, y no hay noticia de su famosa caravana; a nosotros nos debe ya sesenta mil dinares que ha repartido a los pobres, quienes lo alaban y lo elogian por su generosidad y esplendor.

\*\*\*

Era aquel rey avaricioso, más avaricioso que Axhab (1), y cuando oyó hablar de la generosidad y magnificencia del forastero, se sintió dominado por la avaricia y dijo a su visir:

—Si este hombre no fuera muy rico muy rico, no podría en manera alguna ser de un carácter tan generoso; sin duda que vendrá su caravana y estos comerciantes lo rodearán y se llevarán una buena parte de sus riquezas.

Yo, que soy el rey, tengo más derecho a disfrutarlas; quiero lograr su amistad y mostrarle mi afecto antes de que puedan llegar sus mercaderías y lo que de él han de recibir estos comerciantes será para mí; lo casaré con mi hija y añadiré sus tesoros a los míos.

—¡Oh, rey del tiempo! —le replicó el visir—. Yo opino

(1) Prototipo de la avaricia entre los musulmanes.

que este hombre no es más que un impostor, y el impostor arruina la casa del avariento.

—Voy a probarlo —contestó el rey— y sabré si es un impostor o si dice la verdad, si se ha criado en la opulencia o no.

—¿Y cómo lo vas a probar? —preguntó el visir.

—Yo tengo una perla —dijo el rey—; lo llamaré, le haré que venga a mi presencia y cuando se haya sentado lo trataré con gran honor y le daré la perla: si la conoce y sabe su precio, será señal de que es hombre rico y de posición; si no la conoce, me demostrará que es un impostor advenedizo y le daré muerte con el suplicio más afrentoso.

El monarca mandó llamar a Maaruf. Una vez en su presencia, y después de los mutuos saludos, le invitó a sentarse y le dijo:

—¿Eres tú el comerciante Maaruf?

—Sí, señor.

—Los comerciantes de la ciudad dicen que les debes sesenta mil dinares, ¿es cierto?

—Sí, es verdad.

—¿Y por qué no les pagas sus dineros?

—Que tengan paciencia hasta que venga mi caravana y yo les daré su dinero doblado: si quieren oro, les pagaré en oro; si prefieren plata, en plata; si desean mercancías se las daré; al que me haya entregado mil, le devolveré dos mil, en atención al favor que me han hecho, para que yo no quede en descubierto ante los pobres; afortunadamente, tengo grandes riquezas.

—¡Oh, comerciante! —le dijo el rey—. Toma esto y mira de qué clase es y qué precio tiene.

Y le entregó una perla como una avellana que el rey había comprado por mil dinares, y que estimaba mucho por no tener otra igual. Cogióla Maaruf, la apretó con los dedos pulgar e índice y la hizo pedazos, porque la perla es frágil y no resiste la presión.

—¿Por qué has roto la perla? —preguntó vivamente el rey.

—¡Oh rey del tiempo! —exclamó riendo Maaruf—. Esto no es una perla, esto es un trozo de mineral que cuesta mil dinares. ¿Por qué decís que es una perla? Una perla así valdría setenta mil dinares, y esto no es más que un trozo de piedra. Las perlas que no son como nueces, ni las estimo ni las aprecio. ¿Tú eres rey y llamas perla a este mineral que cuesta mil dinares? Pero tenéis excusa, porque realmente sois pobres y no tenéis joyas de valor.

—¡Oh comerciante! ¿Acaso tú tienes joyas como éstas que dices?

—Muchas —contestó Maaruf.

—¿Me darás una perla de las verdaderas? —le dijo el rey, dominado por la ambición.

—Cuando venga mi caravana —le contestó tranquilamente Maaruf— te regalaré perlas en abundancia; de todo lo que tú puedas desear yo traigo, y te daré joyas de precio inestimable.

El rey recibió singular contento ante esas promesas, y dijo a los comerciantes acreedores de Maaruf:

—Podéis marchar tranquilos y esperad a que llegue su caravana. Entonces venid, y yo mismo os pagaré vuestro dinero.

Los comerciantes se retiraron. El rey fue a reunirse con su visir y le dijo:

—Muéstrate cortés y afable con el comerciante Maaruf, entabla conversación con él y háblale de mi hija, con intención de que la tome por esposa, y así serán nuestras las grandes riquezas que posee.

—¡Oh rey del tiempo! —le contestó el visir—. No me gustan las trazas de este hombre: me parece que es un farfante y un embustero. Abandona esos planes, no sea que vayas a perder tu hija por nada.

Y el visir había solicitado antes del rey la mano de su hija, y el rey consentía; pero ella no había aceptado cuando se lo propusieron.

—¡Ah pérfido! —exclamó el monarca—. Tú no deseas mi bien, porque pediste a mi hija en matrimonio y ella no te quiso; y ahora intentas poner trabas a su casamiento, con la esperanza de que a falta de otros pretendientes, se resigne a casarse contigo. Pues oye bien lo que voy a decirte: Tú no tienes por qué meterte en estas cosas. ¿Cómo me vas a hacer creer que este hombre es un embustero, un falsario, cuando conoce el precio de la perla, el mismo por el que yo la compré, y la ha roto porque no le gustaba? El tiene muchas, muchas perlas, y si se casa con mi hija, le daré las joyas y piedras preciosas sin cuento; y tú quieres estorbar a mi hija y privarme a mí de llegar a poseer tales riquezas.

Callóse el visir, temeroso de la ira del Rey y dijo en su interior: «Pon los perros sobre el ganado». Y acercándose al comerciante Maaruf le dijo:

—Su Majestad el Rey te aprecia mucho; tiene una hija bella y encantadora que quiere dártela en matrimonio. ¿Qué dices?

—No hay inconveniente —replicó—; pero se ha de esperar a que venga mi caravana, pues el valor de las hijas de rey es grande, y su rango exige que sean dotadas convenientemente: en este momento yo no tengo riquezas. Que tenga un poco de paciencia hasta que lleguen mis mercancías: yo traigo abundantes bienes y le daré en dote cinco mil bolsas de oro. Necesito, además, mil bolsas para repartirlas a los pobres y necesitados el día de la boda, otras mil para los que vayan por la calle formando el cortejo nupcial, otras tantas para preparar la comida de los soldados y funcionarios palatinos; necesito también cien perlas para dárselas a la Reina (la novia) la mañana de las bodas, otras ciento para repartirlas entre las esclavas y sirvientas, dando a cada una una perla, en honor del rango de la novia. Es preciso, además, que dé vestidos a mil pobres desaharrapados, y que haga algunas limosnas. Todo esto me es imposible hacerlo hasta que no lleguen mis mercaderías; soy rico y cuando mis cargas vengan no me importará nada cumplir todo lo que he dicho.

Fuése el visir a informar a su soberano de lo que Maaruf decía, y el Rey exclamó:

—Siendo este su deseo, ¿cómo te atreves a decir que es un impostor, un embustero?

—Y no dejaré de decirte siempre lo mismo.

Pero el Rey se enfadó con él, y le echó una reprimenda jurándole:

—Por vida de mi cabeza, que si continuas hablando así, te mataré. Ahora vuelve a verle, tráele a mi presencia, que yo mismo me arreglaré con él.

Dirigióse el visir a Maaruf, diciéndole:

—Ven, el Rey desea hablarte.

—Oír es obedecer —contestó Maaruf.

Una vez que estuvo en presencia del soberano, éste le dijo:

—No te excuses con eso de tu falta de bienes: mis tesoros están llenos; toma sus llaves y gasta todo lo que necesites y da cuanto quieras, viste a los pobres y haz lo que te plazca, sin preocuparte para nada de la doncella y de sus esclavas. Cuando lleguen tus mercancías, cumple con tu esposa y hónrala según te parezca; yo esperaré hasta entonces a recibir la dote y entre ti y entre mí no habrá jamás ninguna diferencia.

A continuación ordenó al jeque del Islam que redactase el acta de matrimonio, y el jeque del Islam escribió el acta de casamiento de la hija del Rey con el comerciante Maaruf. Decretó el Rey que se hicieran fiestas: mandó que se embelleciera la ciudad, sonaron los tambores, se repartieron comidas con platos diversos, se reunieron los actores de juegos. Maaruf estaba sentado en un trono en el salón, y delante de él colocados ordenadamente los gimnastas, los prestidigitadores, los *chink* (1), los caballeros que hacían la *fantasia* (2) y los músicos; y mandó al tesorero:

—Trae el oro y la plata.

Trájoslos, y Maaruf empezó a dar vueltas por entre la gente que se divertía y a cada uno de los artistas entregaba un puñado de monedas, y lo mismo a los pobres y mendigos; vistió a los desnudos; la alegría entre aquella gente era extraordinaria. El tesorero no cesaba de traer oro y más oro; el visir entre tanto sentía arder su corazón de rabia, pero no podía hablar. El comerciante Ali, admirado de aquel derroche de dinero, dijo a Maaruf:

—¡Dios y los santos te den la recompensa que mereces! ¿No te basta haber gastado los dineros de los comerciantes, sino que quieres también dilapidar los bienes del Rey?

—¡A ti no te importa esto! —replicó seriamente Maaruf—; cuando lleguen las mercaderías, yo devolveré al rey toda esta cantidad doblada.

Y siguió repartiendo el dinero, diciendo para sus adentros: «¡Mala plaga! Lo que haya de suceder, sucederá; de lo que está escrito, nadie se escapa.» Y siguieron los festejos de la boda durante cuarenta días.

Al día cuarenta y uno se organizó la procesión para llevar a la novia. Los emires y los soldados iban delante de ella; y cuando la entraron en casa, Maaruf tiró el oro a puñados sobre la cabeza de la plebe. La gente hizo una magnífica procesión. Maaruf gastó una grandísima cantidad con este motivo.

Una vez en la cámara nupcial se quedó muy pensativo, y dándose palmaditas se decía: «¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Alto, el Grande!»

(1) Especie de bailarines públicos, jóvenes y mozuelos, ordinariamente judíos, armenios, griegos y turcos. Su vestido es parte de hombre y parte de mujer, y llevan los cabellos largos y trenzados.

(2) Ejercicio de los caballeros marroquíes, que consiste en hacer galopar los caballos a rienda suelta, durante unos minutos, hasta llegar al pie de una muralla; entonces descargan los fusiles y detienen bruscamente los caballos (haciéndoles dar media vuelta), que quedan encabritados.

(Continuará en el número próximo.)

# LA VENGANZA DEL REY SIRO CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

I

El viejo rey Siro, soberano del reino del Sol, tenía una hija única, a la que idolatraba.

Cuando llegó a la edad de diez y ocho años determinó el rey buscarle esposo, y como la princesa Girasol era linda y discreta, el anuncio de sus bodas produjo en el reino gran sensación.

Llegado el día señalado para recibir a los que pretendieran la mano de la princesa, apenas rayó el alba, cuando ya el vigía apostado en la torre norte del castillo lanzó al aire el estridente sonido de su clarín de plata, anunciando la llegada del primer pretendiente.

Era éste un apuesto príncipe, de pupilas rojas y de sonrisa seductora. Venía por el espacio, caballero en un maravilloso corcel de purísimo color blanco y cascos de refulgente oro.

Ante la corte del rey Siro, reunida en el parque del castillo, se detuvo el corcel en su vuelo, y puso el jinete pie a tierra.

—Princesa —dijo dirigiéndose a Girasol—: vengo a ofrendarte, humilde, mi corona, mi reino y mi persona. Soy rey de los extensos dominios del aire, y tengo palacios maravillosos.

Girasol escuchó atentamente al príncipe.

—¿Me dejarás venir todos los años a visitar a mi anciano padre? —preguntó.

—Sí, princesa; tu padre y yo somos amigos y aliados. Vendrás cuantas veces quieras a su reino.

Girasol pidió lugar para decidir su respuesta, y concluyó por negarse a semejante boda.

De nuevo, al rayar el día siguiente, resonó el clarín del vigía, anunciando la llegada de otro pretendiente.

Este venía por el mar, en un bajel de nácar con velas de espuma y remos de coral. También era rubio y blanco, pero no tenía ojos de pupilas rojas, sino verdes y azules como el color del mar. A los pies de Girasol puso tesoros inmensos, de perlas, corales y conchas.

A éste, como al anterior pretendiente, volvió a preguntar la princesa:

—¿Me dejarás venir al reino de mi padre?

—Siempre que lo desees —contestó el príncipe.

Pero tampoco accedió Girasol a los deseos de este nuevo pretendiente.

Al tercer día volvió a oírse el clarín de plata y apareció otro príncipe en demanda de la mano de Girasol.

Venía en un trineo cubierto de ricas pieles, arrastrado por unos hermosos osos blancos como la nieve.

Cuando llegó ante Girasol, dobló una rodilla en tierra y habló de este modo:

—Princesa, vengo a pretender tu mano. Mi patria es la tierra de las nieves. Tengo palacios de cristal de extraordinaria belleza, y florece en mis dominios una flor que es la más linda de la tierra: esta que ves aquí.

Diciendo esto, sacó el rey del pecho un fantástico alhelí de deslumbradora blancura.

—Yo quiero ir al reino donde florecen estas flores —dijo Girasol—. Yo quiero habitar tus palacios de cristal.

En vano intervino el rey Siro.

—¿Sabes lo que dices, hija mía?... ¿Sabes que en ese país no verás más el sol?

Pero como Girasol no desistiera de sus súplicas, concluyó él por acceder a los deseos de la princesa.

—Te doy mi hija —dijo al fin Siro—; pero con la expresa condición de que has de traérmela todos los años aquí, cuando florecen las rosas.

—Te lo prometo —dijo solemnemente el príncipe.

Y los súbditos de la princesa Girasol la vieron marchar en el trineo, que cubrieron de flores y de presentes.

II

Lo primero que divisó Girasol al llegar al reino de su esposo fué un palacio de refulgente cristal, ante el cual se extendía una pradera inmensa cubierta de las maravillosas flores que la había seducido. Tantas había, que pensó en seguida en formar con ellas un inmenso ramo.

Pero cuando comenzó a cogerlas sufrió una dolorosa sorpresa. Las flores que tan bellas aparecían a los ojos estaban al tacto tan heladas que la dejaron las manos insensibles y cubiertas de una escarcha de nieve que de los pétalos se desprendía.

—Ordena a los pajes que me hagan un gran ramo —suplicó Girasol a su esposo.

Y éste satisfizo su deseo; pero Girasol hubo de contentarse con mirar las flores, sin tocarlas.

El palacio era de cristal y pórvido. Como Girasol se helaba en aquel ambiente y desfallecía de tristeza entre las brumas, ordenó el rey que la trajeran riquísimas pieles para envolverla en ellas, y procuró alegrarla colmándola de preseas.

Todo inútil, Girasol se helaba. Suspiraba por el sol de su patria.

Cuando llegó la época de las rosas, Girasol recordó al rey su promesa, sin conseguir que la cumpliera el rey. Girasol lloró entonces amargamente, no obstante abrigar

una esperanza: la de que su buen padre, viendo que no llegaba, enviaría algún emisario a buscarla. Pero el emisario no llegaba nunca.

Y entonces nació en el palacio de cristal una niña, tan rubia, blanca y bella como su madre.

Girasol estaba muy triste, y ni aún con este acontecimiento se alegró. Además, la niña era tan fría como las flores blancas. Cuando la reina la besó se le helaron los labios.

La llamaron Flor de Nieve, y fueron sus madrinas tres hadas, cada una de las cuales le hizo un rico presente.

Girasol quiso entonces abrazar a su hija y se la pusieron en los brazos, y aunque estaba helada no la rechazó, sino que la estrechó contra su corazón y la cubrió de besos y de lágrimas.

—Las hadas te dieron sus dones —murmuró—, yo te doy el mío... Serás buena y compasiva, tendrás corazón.

Y poco a poco, al calor de aquellas caricias, Flor de Nieve dejó de estar helada.

III

Pasaron años sin que se tuvieran noticias de Girasol en la corte de su padre. Un presentimiento de muerte oprimía el corazón del Rey Siro, y a duras penas le retenían sus súbditos en el reino, que mil veces quiso abandonar para ir a buscar a su hija.

Un día se presentó ante el Rey el paje favorito de Girasol, y manifestó su deseo de buscar a la princesa.





—¡Infeliz! —suspiró el Rey—. Sólo conseguirás perecer en la empresa.

—¡Déjame ir, Señor! —tornó a implorar el paje—. ¡No me importa morir por mi Señora!

Ante tanto heroísmo el rey cedió.

Beltrán —que tal era el nombre del paje— emprendió al punto su viaje; y para lograr pasar desapercibido decidió disfrazarse de mercader. Consiguio de este modo llegar hasta las puertas mismas del palacio del rey.

Allí interrogó hábilmente a los centinelas:

—Escuchad: Traigo ricas pieles y sedas y joyas para la reina Girasol..., dejádmela ver.

Le contestaron secamente:

—No tenemos ya reina... ¿Acaso ignoras que dejó de vivir hace varios años?

—Pues qué, ¿no era joven y bella?

—Sí, pero era del reino del Sol, y no pudo vivir sin él.

El falso mercader disimuló como pudo su intensa emoción:

—¿Vive el rey solo entonces?

—No, por cierto; el rey tiene una hija niña: la princesa Flor de Nieve.

—Dejádmela ver.

—¡Imposible! Prohibió el rey que hable con ningún hombre.

Beltrán insistió:

—Y decidme, ¿es tan bella como su madre?

—No lo sabemos; nunca la hemos visto —contestaron ellos con fría indiferencia.

Beltrán se alejó de allí con el corazón desolado.

Sin darse cuenta de ello se fué acercando Beltrán, absorto en sus tristes pensamientos, al par que sombrío que rodeaba el castillo de cristal.

Y súbitamente vió alzarse ante él una mole, y oyó un sordo rugido.

Un oso blanco de colosal estatura defendía la entrada del parque y se erguía ante Beltrán, amenazador, furioso.

En un abrir y cerrar de ojos el paje echó mano a la daga que traía al cinto, y se preparó a defender su vida.

Apenas hubo lucha. Certero hundió Beltrán la daga en el corazón del oso, que ya le derribaba con su enorme peso, y el animal quedó muerto en el acto.

Pero apenas hubo logrado Beltrán desprenderse del pesado cuerpo, cuando quedó atónito ante la escena que se ofreció a su vista. Una niña de deslumbradora hermosura, rubia y blanca como un ángel estaba ante él, mirando, consternada, al oso muerto, y dos lindos oseznos olfateaban el cuerpo de éste, aullando tristemente.

—¿Por qué hiciste esto? ¿No sabías que era la madre de Mirko y de Giska? —dijo la niña dirigiéndose a Beltrán, con tan dulce voz, que éste se sintió conmovido.

Bastaba verla para conocer en su rostro un parecido extraordinario con la desgraciada Girasol.

—¡No sabía nada, princesa; perdóname! —dijo el paje arrodillándose.

Flor de Nieve lloraba acariciando a los ositos.

—Yo te perdono —dijo—; pero ellos, ¿qué van a hacer sin madre?... ¡Pobres amiguitos míos!

Cuando regresó Beltrán al reino del Sol se presentó ante el rey, y le contó lo sucedido en su largo y peligroso viaje.

alarmante resplandor. Era la luz del sol, extraordinariamente intensa, que venía atravesando la niebla y despejando las nubes.

El Rey y su corte se aprestaron inmediatamente a la defensa.

Amontonáronse en el horizonte nubes sobre nubes, espesísima niebla, densa bruma helada.

Y de momento desapareció la luz y reinó una obscuridad casi absoluta.

Llegó el nuevo día y con él tornó a luchar la luz con las tinieblas; esta vez con tal empuje e irresistible furor que los rayos del sol dejaron vencidas a las nubes, y comenzaron los altos témpanos a brillar con reflejos rosados en sus cumbres.

El Rey puso en juego sus postreros recursos. Surgió en el acto una espantosa tempestad. A Flor de Nieve la sorprendió ésta durante un paseo por el lago, y para librarse de su rigor se refugió con Mirko y Giska al pie de un inmenso témpano.

Los oseznos daban muestras de inquietud ante el desconocido peligro, y miraban a su amita con ojos suplicantes.

—No tembléis, amiguitos —les decía Flor de Nieve—, no nos separaremos y mi suerte será la vuestra.

Pero ella también temblaba al ver disiparse las nubes y aumentar la luz en términos nunca vistos.

Y no era esto sólo. A sus pies la superficie helada del lago se rompía por todas partes, y aparecía un agua cristalina y pura que abría, entre el castillo y Flor de Nieve, un insondable abismo.

De todo aquel derrumbamiento de moles heladas, sólo el témpano sobre el cual se refugiara la princesita permanecía inmovible y entero.

Lentamente iba deslizándose por las mansas aguas del lago, arrastrando a Flor de Nieve y a sus amiguitos Mirko y Giska hacia desconocido paraje.

Pocos momentos después ya no se veía ni rastro de la ciudad de hielo, y desaparecía en el agua el último témpano que todavía quedaba en pie.

La princesita sintió tal angustia al verse sola en la inmensidad del lago, sobre aquella extraña embarcación, que cerró los ojos llena de espanto y perdió conciencia de cuanto la rodeaba.

Cuando volvió a la vida, reanimada por las caricias de sus amiguitos, que lamían sus manos y sus pies, Flor de Nieve creyó estar soñando.

Ante sus ojos se extendían las verdes orillas de un país que le parecía ser un paraíso encantado.

Arribó el témpano a la orilla, y creció el asombro de Flor de Nieve al verse acogida allí por una numerosa corte de caballeros y damas que extendían hacia ella los brazos, llamándola por su nombre.

—¡Flor de Nieve!... ¡Flor de Nieve, ven a tu reino!

Se adelantó entonces un anciano de venerable aspecto, cuyo rostro revelaba intensa emoción, y con voz temblorosa la habló así:

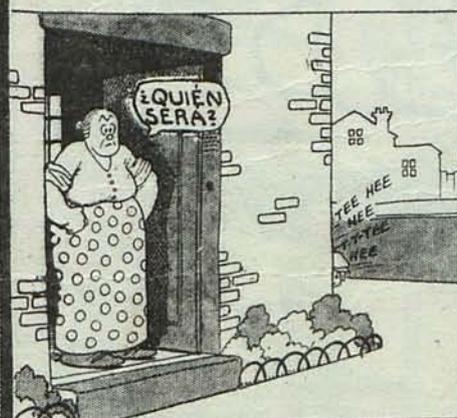
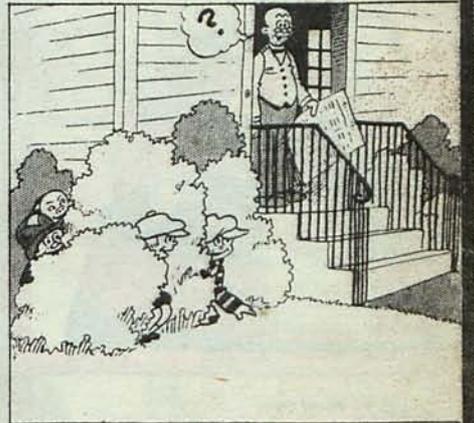
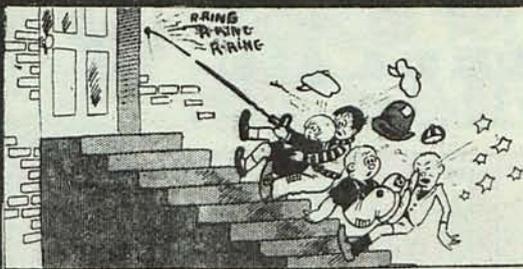
—Esta es tu patria, Flor de Nieve; la patria de tu madre, que te acoge amorosa, como recuerdo suyo.

Al decir esto el viejo Rey la besó en la frente. Y Flor de Nieve se sintió feliz, porque se sintió amada.

Y el Rey ordenó que la llevaran en triunfo a su palacio, y la coronó de flores, y ordenó que no separaran de su lado a Mirko y a Giska, ya que, gracias a ellos, había descubierto a su nieta y hallado en ella el consuelo de su vejez.

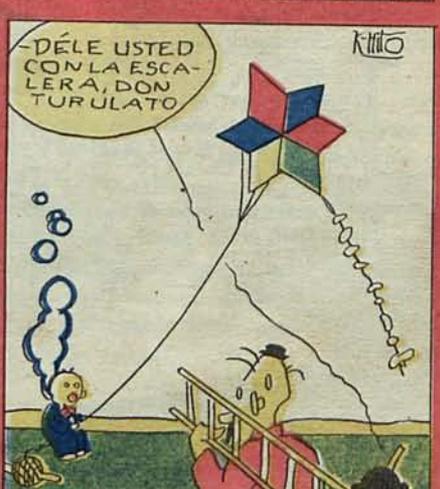


# COLORÍN Y SU PANDILLA





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





# PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.

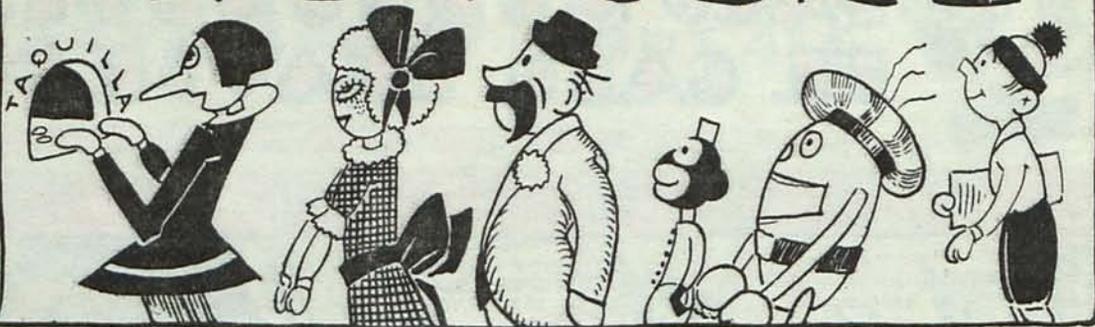


PROGRAMA  
PARA HOY

LA  
TRIPULACION  
PERDIDA

*Sensacional!*

# GRAN CINE



## Una redada extraña.

El mar empezaba a revolverse airado; pero esto no importaba gran cosa a la valiente embarcación de pesca *Wawe Crest*. Había desafiado ya otras muchas tormentas y vendavales, saliendo siempre a salvo de ellas. Además, la capitaneaba el patrón Ben Strut, que era un maestrazo con el timón en la mano. Le ayudaba una pequeña embarcación compuesta de dos personas: su sobrino, Tom Helmore y un chico que se llamaba Jim Steele. Acercábase el barquichuelo, en el momento en que lo encontramos, a la Boya de la Campana, indicadora de los peligrosos bancos de arena tan fatales para muchos barcos.

De allí a la costa sólo quedaba media milla, y la luz crepuscular iluminaba una larga línea de arrecifes, a cuyos pies extendiase una playa dorada y espaciosa.

Esta parte de la costa era muy solitaria, y al levantar Ben la cabeza para echar una mirada en torno del mar encrespado, no se veía más embarcación que una gasolinera que venía en dirección a la *Wawe Crest*.

—Vamos a probar fortuna otra vez con las redes —dijo Ben—, para volver al puerto antes que oscurezca del todo. ¡Hala con ellas, muchachos!

Echaron las redes de nuevo por uno de los costados, y la *Wawe Crest* navegó por encima de los bancos de arena. La gasolinera se aproximaba cada vez más; pero los pescadores estaban tan ocupados, que no se apercibieron de ello.

Después de un rato, Ben dió la orden y se sacaron las redes, cayendo de entre sus mallas un montón de peces plateados sobre la lancha. Fué obra larga el sacar toda la red del agua, y cuando se recogieron las últimas mallas el chico dió un silbido, exclamando luego:

—Pesa mucho, patrón. Debemos haber cogido una pesca especial esta vez.

—¡Hola! ¡Aquí hay un pescado muy original! —exclamó al ver caer de la red un bulto muy grande metido dentro de un saco—. Esto es algo arrojado de algún barco o arrastrado hasta aquí por las olas.

—¡Vamos a ver lo que contiene! exclamó el chico con entusiasmo.

—¡Si siquiera fuera algo útil! —repuso el patrón—. La boca del saco está atada muy fuerte con una cuerda.

—Eso pronto lo quito yo —replicó Jim buscando en los bolsillos una navaja. El y Tom se arrodillaron para abrirlo, mientras el patrón se inclinaba por encima de ellos contemplando el extraño hallazgo. Lleno de interés observó cómo Jim cortaba la cuerda y cómo Tom abría la boca del saco.

Este contenía dentro un maletín de cuero, cerrado con llave; pero Jim se encargó de abrirlo. A la vista del contenido del maletín, los tres se quedaron asombrados. Distráidos como estaban, no se apercibieron de que una lancha acababa de llegar junto a ellos y que tres hombres estaban saltando dentro de la *Wawe Crest*.

—¡Eh! ¿Quiénes son ustedes? —preguntó Ben.

—Eso no te importa —replicó uno de ellos avanzando hacia los pescadores—. Venimos a buscar ese saco y vais a dárnoslo ahora mismo.

—¿De veras? —dijo el patrón ya indignado—. Lo que sacamos del mar lo guardamos para nosotros o se lo entregamos a la policía; por lo tanto, ya estáis largándoos de aquí.

Los intrusos, que eran hombres toscos y arrojados, no perdieron tiempo; uno de ellos se adelantó y por la fuerza se apoderó del saco. Tom Helmore intentó arrancárselo de las manos; acudió Jim en su ayuda y se entabló una lucha enconada. El patrón tomó también parte, echando fuego por los ojos; pero él no podía medir sus fuerzas con su contrario, que era mucho más joven y fuerte, y acabó por caer al suelo de un golpe que le asestaron cobardemente. Los otros dos también se encontraron en el fondo de la lancha, bajo el peso de los tres desconocidos. Y mientras tenía lugar la lu-

cha por la posesión del maletín, el viento arreció, hincháronse las velas, y la *Wawe Crest* se deslizó rápidamente por encima de las olas con rumbo a la playa.

Ben, Tom y Jim encontráronse atados e indefensos. Oyeron un golpe atronador. Era que la *Wawe Crest* había encallado en la playa.

Era el día siguiente.

A media milla del escarpe, pero tierra adentro, erguíase una magnífica casa, residencia del coronel Thetstone, militar famoso por sus hazañas en la gran guerra.

Hallábase el coronel muy disgustado porque dos días antes habían entrado a robar en su casa, llevándole una buena cantidad de objetos valiosos. La policía local trabajaba en el asunto, pero sin resultado hasta entonces; en vista de lo cual el coronel había telegrafiado a Paddy O'Darrell, el notable detective, para que viniese con su ayudante a hacer investigaciones sobre el robo.

Paddy, respondiendo al telegrama, llegó a casa del coronel con su ayudante y *Trailer*, el sagaz perro policía. Dedicaron bastante tiempo a examinar la casa en busca de alguna pista; pero, aparte de unas huellas dactilares, de las que Paddy tomó buena nota, no encontraron nada que les diera ninguna luz.

*Trailer*, después de coger el rastro, no fué capaz de llevarlos más allá de la carretera; allí parecía perderse la pista por completo. Era indudable que los ladrones habían empleado algún medio de locomoción desde aquel punto, que explicaba el que *Trailer* perdiese allí la pista.

Pero Paddy no era hombre que se desanimase por las dificultades. El y Bob discutieron todos los aspectos del caso, conviniendo en que se presentaba difícil.

—Vamos a dar un paseo, Bob, y quizá la vista del mar nos refresque las ideas y pueda darnos alguna luz —añadió Paddy.

—Por mí ya estoy dispuesto, jefe. Un poco de aire salobre es muy tonificante. ¿Y tú qué dices, *Trailer*, viejo amigo?

El sabueso salió delante de su amo y abrió la boca en un bostezo.

—Vamos allá, pues. He oído decir que la casa del coronel no es la única donde han robado en esta última temporada —dijo echando a andar hacia el acantilado.

—En ese caso no me sorprendería que todos fueran hechos por la misma gente.

—Y si fuera así, tendríamos más oportunidad de cogerlos —observó Paddy—. Parece como si tuvieran algún sitio para esconderse por aquí; pero me temo que hayan desaparecido ya de estos con tornos. ¡Ea! ¡Ya tenemos ahí el mar!

A través de un profundo y ancho boquete hecho en el acantilado, veíase el mar burbujeante, y apresuráronse a llegar a lo alto del escarpado para poder contemplar un ancho panorama del Océano.

Debajo de ellos estaba la franja amarilla de playa, y parado en seco e inclinado había un barquito de pesca con todas las velas desplegadas.

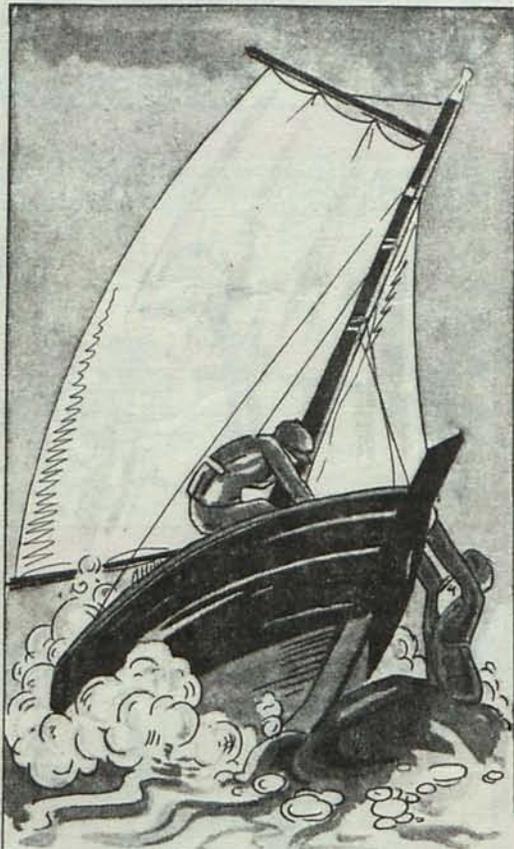
—¡Qué extraño! —exclamó Paddy—. Este barco parece como si hubiera sido arrojado por las olas.

—Entonces no tendría las velas desplegadas —observó Bob.

—Pues no cabe duda de que está abandonado; porque no se ve a nadie a bordo. Ahí viene un hombre por el escarpe, que parece algún guardián de la costa. Acaso él pueda informarnos acerca de la embarcación.

Paddy reconoció al sujeto que se aproximaba. Habíale visto en casa del coronel aquella misma mañana y le había interrogado acerca de algunos forasteros vistos recientemente en el pueblo.

—¿Están ustedes contemplando al *Wawe Crest*? —preguntó el guardián de la costa.





—¿Se llama así ese barquito?

—Sí, señor; y eso es también un misterio que a ustedes, que sois detectives, les interesará.

—Efectivamente. ¿Cómo ha llegado hasta aquí ese barco?

—Nadie lo sabe —replicó el guardián de la costa—. Lo han encontrado ayer noche, ahí donde ustedes lo ven, y no se sabe qué ha sido de sus tripulantes. Lo capitaneaba un viejo llamado Ben Sturt, un ayudante y un niño. Yo los conocía a los tres. Son de Port-Bay. Pero hemos hecho averiguaciones y nadie los ha visto en Port-Bay. Qué ha sido de ellos y por qué el barco está ahí encallado, no lo sabemos. Como les digo, es un misterio.

—Tenemos interés en ver la embarcación por dentro —dijo Paddy—. Supongo que no habrá inconveniente.

—No, señor; pueden ustedes hacer lo que gusten, y si encuentran algún indicio que ayude a aclarar el misterio, tanto mejor.

Bajaron a la embarcación.

Paddy miró en torno suyo con ojo avizor, y sus ojos sagaces notaron que en la cubierta había tenido lugar una lucha. ¿Por qué había desaparecido los tripulantes? ¿Y por qué un marinero tan experto como Ben Sturt había dejado a su barca meterse en tierra, en una costa tan conocida para él como aquella?

—Aquí hay un misterio, jefe.

—Sí lo hay, sí —murmuró Paddy con el entrecejo fruncido. Luego dió una vuelta alrededor de la embarcación y se detuvo a examinar el costado de babor.

El *Wave Crest* estaba pintado recientemente, a juzgar por la pintura flamante; pero en el costado de babor se notaban unos arañazos recién hechos.

Paddy se acercó más y observó huellas de unas manos en la pintura blanca y limpia del reborde superior.

—Parece como si hubiera chocado con otro barco, y con el choque se hubiera borrado parte de la pintura. Alguno de los que iban en la otra embarcación trepó por el costado de la *Wave Crest*... Mira, por aquí fué por donde se agarraron al borde.

Bob, que escuchaba atentamente las observaciones de su jefe, miró las señales hechas con la mano. Paddy volvió a examinarlas más detenidamente, y sacó de la cartera una hoja de papel doblada. En ella estaban impresas la reproducción de varias huellas dactilares. Bob, adivinando el pensamiento de su jefe, sacó del bolsillo una lupa y se la alargó silenciosamente.

Púsole Paddy delante de los ojos, y examinó primero las huellas dactilares del borde de la barca y luego las del papel, devolviendo la lupa a Bob.

—Echa tú una mirada también.

Hízolo así Bob, deteniéndose bastante porque sabía que era de suma importancia. Por fin guardó la lupa y devolvió la hoja a Paddy, diciendo con solemnidad:

—Es tan cierto que son las mismas, como que estamos aquí, jefe.

—Esa es también mi opinión.

Pero he aquí lo raro del caso: las huellas dactilares del papel son las que dejó el ladrón en casa del coronel, y ese mismo ladrón las deja también en el costado de babor de un barco abandonado.

—Este es el misterio más raro, jefe —replicó Bob.

—Tienes razón; porque ¿cómo es posible que relacionemos al patrón y dueño de esta barca con los que andan asaltando casas por estos contornos? Pues bien: no cabe duda de que ellos han estado anoche a bordo de este barco.

—Es que los que atracaron este bote no debían de venir con muy buenas intenciones —sugirió Bob.

—Es posible. Puede haber habido aquí una lucha, aunque no acabo de ver claro el motivo. Si es así, deduciremos que los tripulantes fueron capturados y llevados lejos de aquí.

—¿Y por qué no capturados aquí mismo?

—Porque aquí está demasiado cerca de la casa del coronel. Recuerda que según nuestras deducciones, ellos tenían un bote y habrán huido en él a un lugar más remoto. Ahora la pregunta es: ¿a dónde?

—Depende de los sitios que haya para desembarcar por la costa. Por lo que yo he oído, en una larga distancia sólo hay uno o dos.

Pues lo más acertado sería pedir prestada una barca para ir a verlos. Es una coincidencia verdaderamente afortunada haber encontrado este barco abandonado que nos proporciona una pista. Creo que con esto hemos dado un gran paso.

Volvieron a cruzar la playa corriendo y treparon a lo alto del acantilado; en seguida vieron al guarda de la costa paseando tranquilamente, y Paddy se enteró por él de que el punto más cercano de la costa donde podía atracar un bote era Port-Bay, un pueblito de pesca.

El detective tomó nota de ello y preguntó dónde podría alquilar un bote. El guardián se ofreció a dejarle el suyo, que estaba

amarrado en la playa, detrás de un arrecife.

Paddy y Bob volvieron a bajar hacia el mar. Encontraron el bote, dentro de él remar con dirección al Este, perdieron de vista al *Wave Crest* y la costa se hizo escarpada e inaccesible, sin presentar un solo lugar donde poder desembarcar.

Fué una larga y penosa jornada, y Paddy y Bob se turnaban para manejar los remos, mientras *Trailer* dormitaba sentado en la popa.

Manteniéndose lo más cerca de la costa que podían encontraron al fin una lengua de playa que se metía entre una hendidura de las rocas. Y lo que era mejor todavía: vieron un bote atracado en la playa junto a unas rocas.

Según se iban acercando a la playa se hizo más clara la silueta del bote, hasta que distinguieron que era una gasolinera. En cuanto tocaron en tierra saltaron fuera de la lancha y arrastraron ésta hacia dentro. En la gasolinera, lo primero que observaron, fué que, en uno de los costados, tenía unas manchas de pintura negra como de haber estado rozando alguna cosa.

—¿Será esta la embarcación que los ladrones emplearon para asaltar a la *Wave Crest*, jefe?

—A juzgar por la pintura, yo diría que sí —replicó Paddy; y saltó dentro de ella, y examinó detenidamente el timón. El detective encontró lo que buscaba... las huellas dactilares del que llevaba el timón. Un rápido examen le demostró que eran idénticas a las encontradas en la *Wave Crest* y en casa del coronel.

Paddy y Bob echaron una mirada y vieron asomando por una hendidura las piernas de un hombre, calzadas con botas de agua, y atadas una a otra con cuerdas. Precipitáronse en la hendidura, y dentro yacían en el suelo, atados de pies y manos y amordazados, dos hombres y un chico.

En un momento los libró Paddy de las ligaduras; pero los infelices tenían los miembros entumecidos de haber estado mucho tiempo atados, y estaban completamente desfallecidos.

Paddy y Bob llevaban siempre provisiones de repuesto y algún frasco de bebida confortante, y ofrecieron a los tres prisioneros, que pronto dieron buena cuenta de ello.

Mientras comían y bebían, contaron punto por punto todo lo que les había sucedido. Resultó que después de ser vencidos por los hombres que atacaron a la *Wave Crest*, su embarcación embarrancó en la playa. Ellos fueron trasladados en la gasolinera junto con el saco que había sido la manzana de la discordia, y de allí los llevaron al sitio donde acababan de encontrarlos.

—*Trailer* ha encontrado a su hombre —murmuró Bob.

—Y al nuestro también —añadió Paddy.

Bajaron los dos, sosteniéndose uno contra otro, y al llegar al fondo de una excavación, que era como una cueva, se encontraron ante un extraño espectáculo: en un rincón, y acurrucados, estaban tres hombres. *Trailer*, delante de ellos, les enseñaba los dientes, como atemorizándolos para que no se movieran.

En medio de la cueva había un hoyo profundo, recientemente hecho —así lo denunciaban una pala y un picachón que estaban tirados en el suelo—, y junto al hoyo había un maletín de cuero.

—¿Es de ustedes ese perro? —vociferó uno de los hombres—. ¡Porque si es suyo, ya pueden llevárselo de aquí en seguida!

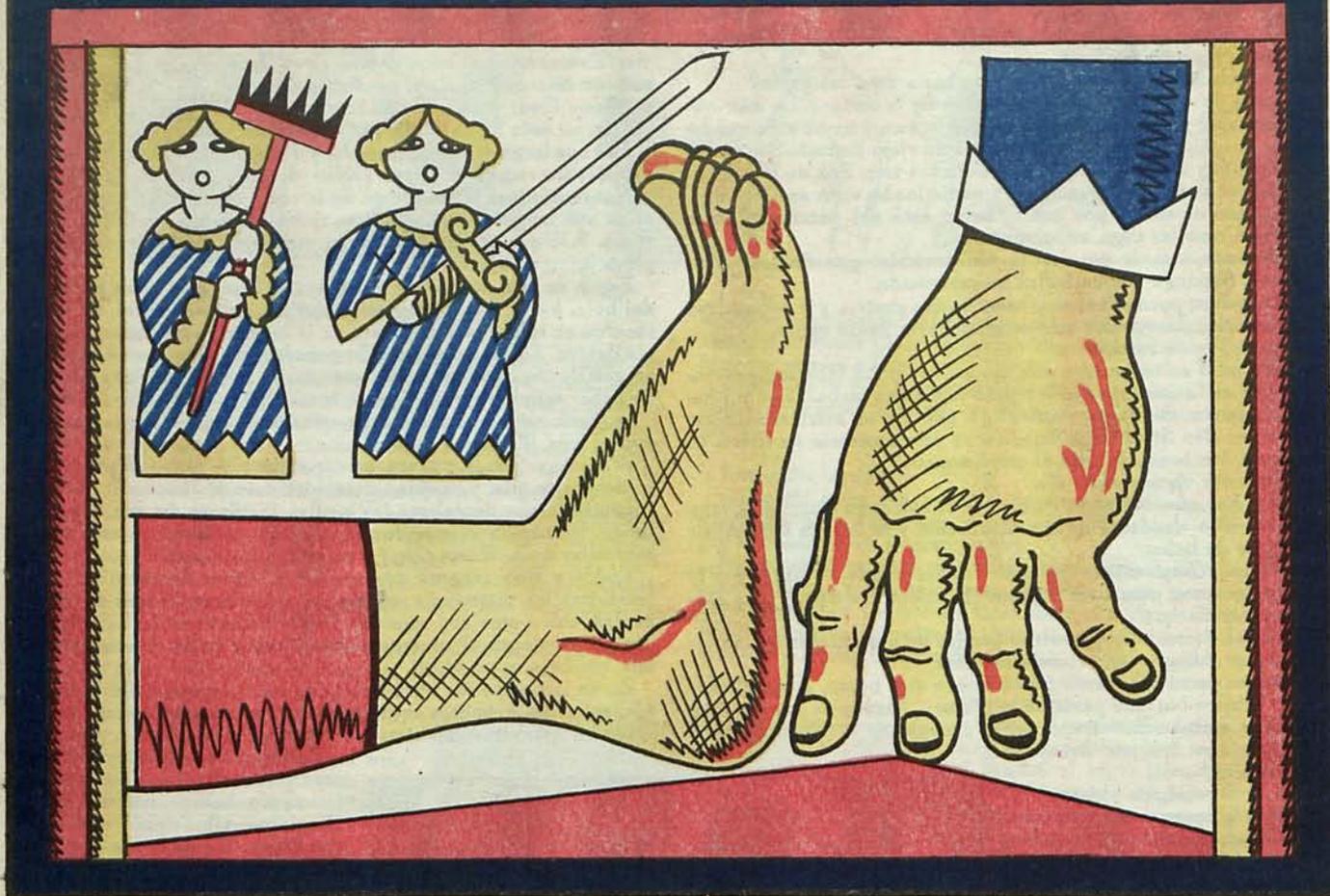
—¡Lo llevaré cuando el perro haya cumplido con su deber! —dijo Bob—. ¡Salid de ahí los tres! ¡Y os prevengo que si tratáis de hacerle algo, tendréis que arrepentiros!

Los tres vacilaron durante unos minutos, y luego de cuchichear entre sí decidieron entregarse.

A los pocos momentos estaban los tres muy apabullados y cariacontecidos, con las esposas puestas y *Trailer* a su lado.

Paddy examinó el maletín, en el cual encontró todos los objetos robados en la casa del coronel, y haciendo uso de la azada que allí había, desenterró una buena cantidad de objetos que, indudablemente, eran el producto de varios robos perpetrados por aquellos contornos.





¡PINOCHISTAS! Para que podáis montar este teatro y representar las funciones, que para él os damos, ved las explicaciones publicadas en el núm. 41, página 17.



NOTA - PARA TELÓN DE FONDO DE ESTE ACTO UTILÍCESE EL DE CAMPO DEL ACTO 2º

# EL TEATRO DE PINOCHO

## DON POLIPASTO Y LOS SALVAJES

AVENTURA CÓMICA EN TRES ACTOS

### CUADRO PRIMERO

*El despacho de don Polipasto Pijama, sabio inventor de gran fama. Muchos libros, muchos aparatos, muchos trastos, como debe ser la casa de un sabio tan importante. Al levantarse el telón, Remigia, la criada de don Polipasto, está limpiando los muebles con un plumero que lleva en la mano. Poco después entra el portero.*

REMIGIA. (Cantando.) «Ya vendrán tiempos mejores...» ¡Anda! Ya le he echado una mancha de tinta a este mapa del señorito... ¡Claro! ¡Como es tan descuidado, lo deja todo por medio! Menos mal que no ha sido más que una manchita, aquí donde pone «Océano Atlántico»... No lo notará.

PORTERO. Hola, Remigia.

REMIGIA. Buenos días, señor Cástulo.

PORT. Aquí le traigo a tu señorito una carta que han dejado abajo para él.

REMIGIA. ¡Anda! Pues don Polipasto no ha vuelto todavía.

PORT. ¿Que no ha vuelto, y son las tres de la tarde?

REMIGIA. ¿Usted se cree que mi señorito sabe nunca la hora que es? ¡Tiene una cabeza!...

PORT. Pero ¿a qué horas come tu señorito?

REMIGIA. A la que se le presenta. Y lo mismo le da comer que no comer. ¡Está siempre pensando en las musarañas! Ayer, sin ir más lejos, va y me dice: «Remigia, ¿qué hora es?» Y yo, pues le digo: «Las cinco, señorito». Y él va y me pregunta: «Oye, ¿he comido ya, o no?»

PORT. ¡Vaya!

REMIGIA. Cuando le dije que había comido a las dos, se quedó tan tranquilo, y dijo: «Ea, pues ya que he comido, voy a emplear esta media hora que me sobra en inventar el mondadientes digestónico».

PORT. ¿Y eso qué es?

REMIGIA. Un mondadientes que se lo mete usted en la boca y le ayuda la digestión mejor que el bicarbonato.

PORT. ¡Vaya un invento bueno! ¿Y dió con él?

REMIGIA. A la media hora ya lo tenía inventado, construido y patentado. Y no se crea usted que es una cosa así como así. Además de digestónico es un mondadientes que se puede emplear para abrochar las botas, para dar cera al suelo, para rizar el bigote y para cerrar baúles.

PORT. ¡Es portentoso!

REMIGIA. Y además tiene en el centro un agujerito que se mira al trasluz y se ve una vista de la playa de La Concha.

PORT. Pues se va a hacer millonario con ese invento.

REMIGIA. ¡Qué se va hacer! En cuanto hace un invento, en vez de dedicarse a explotarlo, como haría otro cualquiera, pues lo mete en un armario, y no se vuelve a acordar de él. Eso sí, tenemos la casa llena de inventos. Para todo hay un aparato especial. ¿Con qué se cree usted que bato yo los huevos?

PORT. Con una bicicleta de esas que hay en las cocinas para batir huevos, digo yo que será.

REMIGIA. ¡Qué va! Con la «Bufanda-batidora de lana de los Pirineos».

PORT. ¡Saldrá rebozada!

REMIGIA. ¿Y eso qué tiene que ver?

PORT. Que las bufandas son para embozarse y no para rebozarse.

REMIGIA. Y también sirve como brocha para afeitarse, como cesto de costura y como funda de paraguas.

PORT. Pues no tendrá automóvil porque no quiera...

REMIGIA. ¡Y tanto! Mire usted, él solo ha inventado ya siete automóviles distintos, sin contar aquel que andaba con alcohol y que se le volvió borracho. Tiene uno que anda con quina de esa de echarse en el pelo, uno que anda con arroz en vez de gasolina y, sobre todo, uno que no hay más que levantar el capot y decirle a la maquinaria en voz baja: «Hermosilla, 54», y no tiene usted que preocuparse de más, porque le deja a usted a la puerta.

PORT. ¿Y yo que tengo que hacer en Hermosilla, 54?

REMIGIA. ¡Hombre! Quien dice ahí, dice a otra parte. El caso es que dice usted: «A Pamplona», y el automóvil le lleva a Pamplona, sin más.

PORT. ¿Y lo tiene construido?

REMIGIA. Sí, pero no lo usa; porque si se estropea y quiere usted ir a Sevilla, lo más fácil es que le deje en Copenhague.

PORT. ¡Qué lástima! Porque se le iba a pedir a tu señorito para darme un paseo por ahí.

REMIGIA. Aquí está el señorito. Dígaselo usted a él.

(Entra don Polipasto.)

D. POL. Oye, Remigia.

REMIGIA. Mande usted, señorito.

D. POL. ¿Hace frío hoy en la calle?

REMIGIA. Usted lo sabrá, que llega ahora.

D. POL. Mira, no me he fijado. Te lo digo por si crees que debo ponerme el gabán.

REMIGIA. Pero, ¡si lo lleva usted puesto!

D. POL. ¡Ah! ¿Lo llevo puesto? ¡Es verdad! Mira, no me había fijado. Entonces, nada. Oye, avisame cuando sean las dos menos cuarto.

REMIGIA. ¿De la mañana?

D. POL. ¡De la tarde, mujer! ¡No digas tonterías!

REMIGIA. Pero, señorito, ¡si son las tres y media!

D. POL. ¿Ya? ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Y yo que tenía que inventar el paraguas-fotográfico y la jaula-quitamanchas!... Bueno, déjalo. Ya no me avises a las dos, avisame a las cinco. Tengo que estudiar geografía física hasta esa hora. Oye, Remigia, ¿hoy es martes, no?

REMIGIA. No, señor. Es viernes.

D. POL. Entonces, ¿de dónde he sacado yo que hoy era domingo, y he estado en misa hasta ahora?

REMIGIA. ¿En misa? ¡Pero si a las tres de la tarde no hay misa!

D. POL. ¿No? Entonces sería un funeral. No estoy seguro. Debía ser un funeral, porque le echaban agua en la cabeza a un niño.

REMIGIA. ¡Eso sería un bautizo!

D. POL. ¿Un bautizo? Puede ser. ¡No había caído! Bueno, tú ya sabes, llámame a las once.

REMIGIA. ¿No ha dicho usted que a las cinco?

D. POL. ¿He dicho que a las cinco?

REMIGIA. Sí, señor.

D. POL. Pues, si he dicho a las cinco, ¿por qué te empeñas en llamarme a las once?

REMIGIA. (Sin hacerle ya caso.) Bueno, hasta luego. (Se va.)

D. POL. ¡Anda! ¡Anda! ¡Que no hay quien te entienda! ¡Tienes una cabeza!

PORT. Don Polipasto...

D. POL. ¡Ah! ¿Estabas ahí, Cástulo? No te había visto.

PORT. Esta carta que han dejado para usted.

D. POL. ¡Ah! Es una invitación para una conferencia. ¡A ver si se me olvidaba!

PORT. ¡Hágase usted un nudo en el pañuelo!

D. POL. No puedo, hijo. Tengo el pañuelo lleno de nudos y no me queda sitio para sonarme.

PORT. Y ¿para qué quiere usted tantos nudos?

D. POL. Para acordarme de unas cosas, que no me acuerdo cuáles son.

PORT. Bueno, si usted no manda otra cosa...

D. POL. Adiós, hombre. Que sigas bien. A ver si algún día vienes por aquí y te hago un invento. ¿Qué te gustaría más, la portería ubicua o el ascensor-cama?

PORT. Si no me lo explica usted, no voy a saber qué elegir.

D. POL. Ahora no tengo tiempo. Por lo pronto, recuérdame que te invente la librea radiotelefónica.

PORT. Hasta luego, señorito, y muchas gracias.

D. POL. De nada. Adiós. (Se va el portero.) ¡Ajá! Ahora mi horita de geografía física no me la quita nadie. Tengo que preparar mi conferencia. ¿Dónde deje yo el mapa?... ¡Ah! Aquí está. Vamos a ver... ¿Cuál es el tema de mi trabajo?

¡Ah, sí! «Formación de las islas madreporicas». Muy bien. El otro día me quedé en el Atlántico. Aquí están sus islas Azores, Bermudas, Canarias, Cabo Verde, San Pablo, Ascensión, Santa Elena... ¿Y ésta? ¿Qué isla es ésta? ¿Cómo se llama esta isla? ¿De dónde ha salido? Esta isla no está en la geografía... A treinta grados de latitud sur... ¡Es una isla desconocida, sin duda alguna! Esta isla no estaba antes.

¡Una isla que nadie ha descubierto hasta ahora! ¡Una isla que no pertenece a Inglaterra! ¡Una isla que no tiene ni nombre! No te preocupes, hija mía. Yo seré tu descubridor, tu papá, y te llamarás isla Polipastita desde hoy.

Y hoy mismo tomo un barco y voy a descubrirte. ¡Qué gloria para mí! No tengo tiempo que perder. ¡Polipastita, la pobre, me está esperando para que la descubra! ¿Cómo será? ¿Tendrá habitantes? Debe tenerlos, porque no es pequeña. ¿Serán salvajes? No importa, yo los colonizaré.

¿Habrá plantas raras? Seguramente. ¡Qué alegría! ¿Habrá especies desconocidas de animales? Seguramente. ¡Qué alegría! Este descubrimiento es el más importante, después del de Colón, y me voy a hacer el hombre más célebre del mundo con este descubrimiento. ¡Remigia!

REMIGIA. (Entrando.) ¿Qué?

D. POL. Que me voy ahora mismo. Me voy de viaje. No me espere a cenar. Hazme la maleta. Ponme dos mudas y dos cuellos planchados, porque, a lo mejor, en Polipastita no hay tiendas donde comprar.

REMIGIA. ¿Polipastita?

D. POL. Sí. Una isla nueva.

REMIGIA. ¿La ha inventado usted?

D. POL. ¡Animal! Las islas no se inventan. Se descubren.

REMIGIA. ¿Y usted?

D. POL. Yo soy el descubridor más importante de los tiempos modernos. Anda, no tardes.

REMIGIA. Voy. (Se va.)

(Continuará en el número próximo.)

# HISTORIAS DE ANIMALES

## LOS CAMELLOS DE LOS REYES MAGOS

El desierto —arena, arena, arena— era como una playa, pero como una playa de las que había en el Sol —caliente, caliente, caliente—, donde en vez de olas y en vez de mar, vayan y vengán lengüetazos de llama a besar las orillas.

En el desierto, la caravana era como un reguero de hormigas. Y paso a paso —cada paso un hoyito en la arena— la caravana seguía a la estrella, como si fuera su sombra.

Un timbalero iba delante, montado en un camello. A cada lado de la montura, como aguaderas, un timbal. El timbalero y los timbales miraban al cielo. Toda la caravana miraba al cielo, y en todas las miradas brillaba como un punto la misma estrella.

Detrás, no sé por qué orden, Melchor, Gaspar y Baltasar. No sé por qué orden, pues desconozco sus etiquetas y sus protocolos. Me imagino que serán muy corteses y que cada año le tocará a uno ir delante.

Pues bien: ordenad como queráis la cabalgata y volverla a dejar sobre la arena, que siga su camino.

Y en la cabalgata, ¡cuántos juguetes a lomos de camellos! Brillan a la luna los botones dorados de los soldados de trapo; brilla todo el metal de que se han hecho los coches, las bicicletas, los automóviles de los niños; brillan los ojos de cristal de las muñecas; brillan la loza de las casas de juguete y los cacharros de las cocinitas; brillan los oros de los polichinelas y sus cascabelitos, y brillan los platillos y las trompetas, asomando sus brillos por los rotos del papel en que vienen envueltos...

Sigue, sigue la caravana.

Uno de los camellos cargados va mirando al suelo.

—¿Cuántos años hace —dice el camello *Bitk*, el descontento— que vengo acompañando a los Reyes Magos, siempre que llega este tiempo? ¿Cuántos años hace que me cargan de juguetes pesados y me hacen seguir a la larga reata, detrás de la misma estrella? ¡Son cientos de años...! ¡Demasiado tiempo...! Mucho trabajo, mucho calor primero en el mar de arena y luego mucho frío en los pueblos que nieva el invierno. Y pararse delante de cada casa para descargar y que los señores Reyes suban a los balcones y a las chimeneas a repartir sus juguetes a los niños. Es un trabajo molestísimo. ¡Me voy a fugar de la cabalgata! Iré a buscar a mis camellitos, a mis hijos, y serán para ellos estos juguetes que los Reyes Magos dedican a los niños. ¡Deben ser buena cosa! No hay más que ver cómo los reciben los niños. En cambio, a los camellitos nunca les ha llevado, nunca, juguetes.

Lo dijo esto último de cabilañdo que iba, casi en voz alta, lo bastante para que le oyera el camello que le seguía, que era un camello bastante tonto, que empezó a hacerse notar pisándole los cascos a *Bitk*, y luego dijo:

—¡Llevas mucha razón! Vámonos de aquí. Yo le llevaré estos juguetes también a mis camellitos.

Dicho y hecho; se escaparon sigilosamente. Las pisadas apenas eran un murmullo sobre la arena.

Corrieron un buen rato el camello malo y envidioso y el camello tonto e imitador. Al correr chocaban unas con otras las cosas de que iban cargados.

Al llegar a un oasis se despidieron. Cada uno tenía que tirar por un lado para ir a su casa.

—A ver si nos vemos —dijo *Bitk*— y me dices qué tal le han parecido los juguetes a tus hijos.

—Sí; ya te buscaré —contestó el camello tonto—. ¡Lo que se van a divertir mis camellitos!

□ □ □

Dos días después se encontraron. Iban los dos muy

tristes, tan tristes que no se vieron y casi dieron de hocicos uno contra el otro.

—¡Hola! —dijo *Bitk*—. ¿Qué tal tus hijos? ¿Qué tal tus juguetes?

—¡Quita, hombre! Estoy disgustadísimo. ¡No sabes lo que me ha pasado!

—¿Qué te ha pasado?

—Pues nada, verás. Llegué a mi casa. Los camellitos y la camella salieron a recibirme porque, ¡claro!, no esperaban que volviera tan pronto. Después de las efusiones naturales, les dije a los camellitos: «¡Os traigo una sorpresa!» «¿Qué sorpresa nos traes, papá?» «¡Juguetes!» «¿Y qué son juguetes?», me preguntaron. «Pues juguetes, ¿qué van a ser?», les dije yo. Ellos no sabían lo que eran juguetes y a mí no se me ocurrió mejor manera de explicarlo que ir desenvolviendo los juguetes. Eran estupendos: una caja de soldados enorme de grande, un meccano, un rompecabezas, una muñeca que anda sola y un automovilito...

—¿Y qué dijeron?

—Al principio les extrañó mucho. ¿Qué hacemos con esto? me preguntaron.

«Pues jugar», les contesté. «¿Y cómo se juega con estas cosas?» Yo tampoco sabía cómo se juega con los juguetes. Quise aprenderme las explicaciones, pero fué imposible. ¿Cómo va un camello a poder ordenar un «puzzle»? ¿Cómo va un camello a jugar a los soldados? ¿Cómo va un camello a armar un «meccano»? ¡No hay manera, chico! Me harté de querer aprender aquello y mis hijos se aburririeron con aquellos trastos inservibles. Allí están los juguetes arrinconados, sin que le sirvan a nadie para nada. Ahora comprendo mi tontería. Los juguetes no se han hecho para los camellos ni para los hijos de los camellos... ¿Y tú?

—Lo mío fué peor —dijo *Bitk*.

—¿Pues qué?

—Que resultó que yo no iba cargado de paquetes como otros años.

—¿No? ¿Qué llevabas?

—Carbón.

—¿Carbón? ¡Qué raro!

—No es raro. ¿Tú no sabes que a los niños que son malos los Reyes Magos les dejan carbón?

—¡Es verdad!

—Pues yo iba cargado de ese carbón. ¿Qué va a hacer un camello con dos sacos de carbón sin tener ni cocina, ni estufa, ni chimenea...? Allí está el carbón... ¡Justo castigo!

—¡Se me ocurre una cosa! —dijo el camello tonto, que por primera vez pensaba con sensatez.

—¿Qué?

—¿Quieres que cojamos los juguetes y el carbón y corramos a unirnos a la caravana?

—¡Magnífico!

Así hicieron y alcanzaron en su marcha a la regia comitiva. Los Reyes Magos, al verlos arrepentidos, los admitieron en su cortejo.

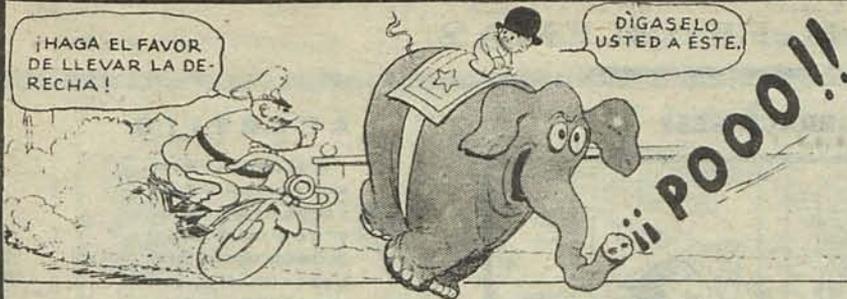
La estrella les guiaba tirando de los hilos de las miradas.

□ □ □

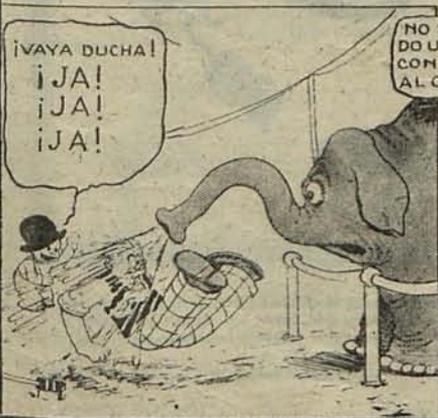
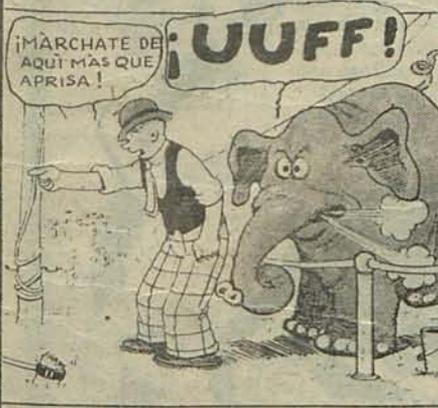
Por eso este año ha habido, como siempre, los juguetes justos para los niños buenos, y el carbón justo para los niños malos...

Pero por poco, por poco si falta...

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



# POTIPÁN Y CAÑAMÓN



NO, PREFERIRÍA SER ELEFANTE Y PODER ECHAR AGUA POR LA NARIZ.

Willard

# CONCURSOS PERMANENTES

## EL DE PROBLEMAS

### ¿ADÓNDE ESTÁN LOS BORRACHINES?



Esta tina que veis boca abajo hace un momento estaba boca arriba; sólo que tres malhechores, tres borrachines, la encontraron llena de vino, se lo bebieron y la volcaron.  
Don Policarpo y sus dos nietecitos saltan llenos de júbilo creyendo que los tres malos hombres se encuentran debajo de la tina durmiendo la borrachera; pero nosotros sabemos que no están debajo, pues están en ..... No, no os lo cigo; buscadlos vosotros.

### ACERTIJO

Si me pongo a trabajar pronto me visto de negro; y suelen también lavarme así que el trabajo dejo. Si rendida algunas veces supina o tendida quedo, otras me verás erguida e incado mi pie de acero.

JUAN HIDALGO.  
Doce años.

136. P. Sección B.

### FUGA DE VOCALES

Con c. tr. l. tr. s. v. v.,  
c. n. c. n. c. m. a. r.,  
c. n. s. t. m. c. a. t. v. n.,  
c. n. d. c. p. e. n.;  
Y s. n. l. c. a. s.  
. m. a. r. c. l. a. s. f. a. n. z. a. s.  
d. s. c. n. f. a. n. z.

FRANCISCO LEAL INSÚA.

137. P. Sección B.

### PROBLEMA MUNOZASO ARSORISENO BERAIED

Combinense las letras de estos nombres de forma que compongan el de tres ciudades principales de la República Argentina.

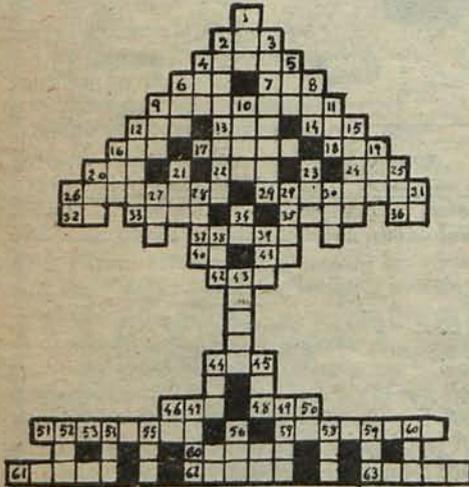
PEPITA ELIZEGUI.

138. P. Sección B.

Doce años. San Sebastián.

### PALABRAS CRUZADAS

(A MI AMIGUITA MERCEDES REY)



#### INDICACIONES

##### HORIZONTAL

2. Planta.—4. Edificios.—6. Dos.—7. Adverbio.—9. Moluscos.—12. Río de Europa.—13. Juntamente.—14. Tiempo de verbo.—16. Lo que llega después de la lucha.—17. Verbo.—18. Artículos.—20. Tiempo de verbo.—22. Hogar.—24. Alabanza.—26. Chaqueta.—29. Sujetarse.—32. Preposición.—33. San Sebastián.—35. Verbo.—36. Contracción.—37. Juego de cartas.—40. Naipes.—41. Tiempo de verbo.—42. Tiempo de verbo.—44. Pronombre.—46. Preposición.—48. Tiempo de verbo.—51. Donde se vende vino y comestibles en los cuarteles.—59. Esqueleto.—60. Ropa que llega a los talones.—61. Cauce artificial.—62. Sacado del horno.—63. Tiempo de verbo.

##### VERTICAL

1. Número.—2. Caracol grande de forma prolongada.—3. Oficio (femenino).—4. Extremo de toda entena.—5. Gracia.—6. Comestible.—9. Patada.—8. Prefijo que significa nuevo.—10. Para pegar.—11. Río.—12. Madre de Perseo.—15. Verbo.—16. En el mar.—19. Religiosa.—20. Apocope.—21. Consecuencia del catarro.—23. Para arder.—25. En el jarro.—26. Letra.—27. Verbo.—28. Capital europea.—29. Número.—30. Igual al 8.—31. Artículo.—34. Número.—38. Animal.—39. Letra (plural).—43. Las canarias.—44. primera mujer entre los fenicios.—45. En los cuentos.—46. Negación.—47. Cabo que se encapilla en el pico de un cangrejo.—49. De Marruecos.—50. Pronombre.—52. Adverbio.—54. Adjetivo.—55. Pronombre.—56. En el mar.—58. Altar.—59. Letra.—60. Parienta.

PILAR GILLIS YUSTE.  
Trece años. Guernica (Vizcaya).

135. P. Sección B.

### EL GATO CAZADOR



Este gato se come, poco a poco, a todos los ratones, siendo el blanco el último comido, el que le sirve de postre. Para comérselos, empieza el gato a contarlos, siguiendo la dirección que llevan los ratones, y a partir de uno de ellos los va contando y se come el que hace el número 13. ¿En qué ratón empieza a contar para que el último comido sea el pobrecito blanco?

Hay que tener en cuenta que los ratones comidos no se cuentan en las vueltas sucesivas; para esto señálense éstos con una cruz a medida que vayan desapareciendo.

(Fuera de concurso.)

Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO.

Ayuntamiento de Madrid

# CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

## DIBUJOS



Charlot.  
CARMEN MAÑA.  
Once años.  
Madrid.  
668. D. Sn. B.



¡Qué susto!  
CARMEN MARTÍNEZ.  
Trece años. Madrid.  
669. D. Sección B.



Andaluz.  
CARLOS FERNÁNDEZ.  
Doce años. Madrid.  
670. D. Sección B.



El general Weyler.  
ÉLVIRA GARCÍA.  
15 años. Santander.  
671. D. Sección B.



Obrero del campo.  
C. M.—Madrid.  
672. D. Sección B.



Un paisano mío.  
H. C.—Verny.  
673. D. Sección B.



Una cordobesa.  
LOLA CASTAÑOS.  
16 años. Madrid.  
674. D. Sn. B.



Mis amigos.  
CARLOS QUESADA.  
Doce años. Madrid.  
675. D. Sección B.



El rival de Chape.  
FERNANDO RODRÍGUEZ.  
9 años. Madrid.  
676. D. Sn. A.



Corriendo la línea.  
MARÍN HALCÓN.  
Doce años.  
679. D. Sección B.

### A Pirula.

Yo te saludo, Pirula,  
y de corazón te digo  
que eres la chica más lista  
que en el mundo he conocido.

Preciosísima Pirula,  
tus labores me fascinan,  
sobre todo me ha encantado  
la graciosa mandarina.

Yo me admiro y me pregunto,  
¿cómo, Pirula, podrá  
hacer tanta laborcita  
y tanta preciosidad?

Como mueblista, Pirula,  
eres mucho más que un «as»;  
y como modista, eres  
una cosa sin igual.

Ya no te puedo decir más  
que recuerdos a Pinocho,  
pues me llama mi mamá.

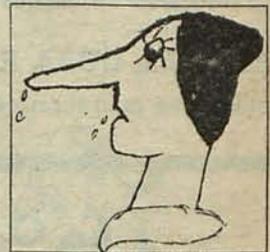
PATRITO MORALES  
13 años



Muerte de Absalón.  
MARIANO URDIÁN.  
9 años. Madrid.  
677. D. Sn. A.



Una bailarina.  
ALICIA MARTÍNEZ.  
Doce años. Madrid.  
678. D. Sección B.



Pinocho, constipado.  
F. COMPTÉ.  
Nueve años. Tarragona.  
680. D. Sección A.

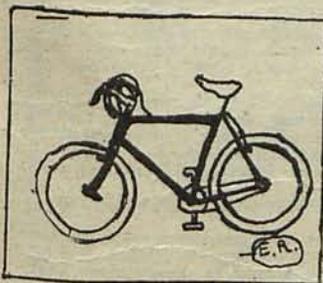
### Historia de un loro.

CUENTO

Tuve por padres a dos loritos muy monos, que me querían mucho; luego que tuve edad suficiente para hacer nido yo solo, me marché con una lorita muy guapa e hice un nido. Pronto tuve hijitos, y éramos una familia feliz, sino hubiese pasado lo que me tienen cautivo y que fué de esta manera.

Un día que iba por la comida me sorprendió un cazador que me disparó un tiro y me hirió en una ala, cogiéndome; después me vendió a un parque, que es donde estoy y donde estaré hasta la muerte.

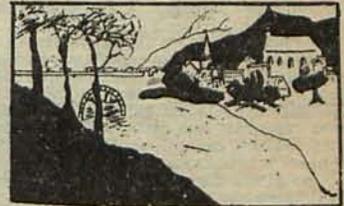
MARIANO DEL FRESNO.  
11 años. Valladolid.



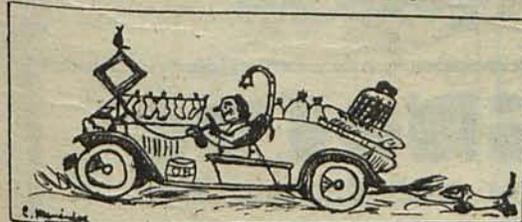
82. C

Mi bicicleta.  
ERNESTO RELAÑO.  
Siete años. Madrid.

681. D. Sección A.



Paisaje.  
CÉSAR PICATOSTE.  
Trece años. Santander.  
682. D. Sección B.



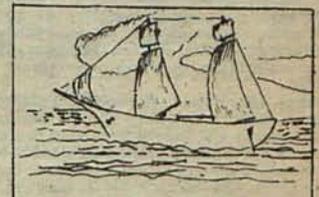
Los grandes inventos.  
CRISTÓBAL MENÉNDEZ.  
Doce años. Gijón.

683. D. Sección B.

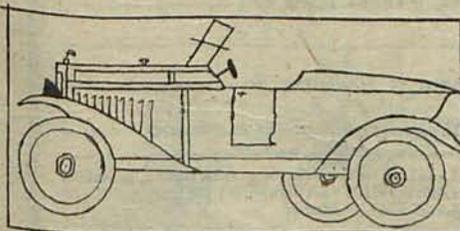


Apuntes.  
JOSÉ LUIS MARTÍN.  
Doce años. Córdoba.

684. D. Sección B.



A toda vela.  
MANOLO PÉREZ.  
Siete años. Almería.  
685. D. Sección A.



El auto que rifa PINOCHO.  
JOSÉ ZÚÑIGA.  
Diez años. Calatayud.

686. D. Sección B.

Los Pinochistas cuyos trabajos se publiquen en esta sección tendrán derecho a pedírnoslos diez ejemplares, del número en que su trabajo aparezca al precio especial de 30 centimos.



Pinocho de oficial.  
ALFREDO JIMÉNEZ.  
9 años. Vitoria.  
687. D. Sección A.



A la moda del «cigarretto».  
MERCEDES REY.  
Trece años. San Sebastián.  
688. D. Sección B.

Las condiciones completas para este Concurso y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO

Ayuntamiento de Madrid

# ¡A GANAR DINERO Y COSAS BUENAS!

PINOCHO ha pedido a sus amigos un favor muy importante: que le consigan suscritores.

PINOCHO ha ofrecido a sus amigos corresponder a ese favor con lo que él ha llamado **cosas estupendas**, que son las siguientes:

**PRIMERA COSA ESTUPENDA.**—Por cada suscripción **nueva** de un año, que con su importe (20 pesetas) me remita un Pinochista suscriptor, recibirá un *Cupón-regalo*. Estos *Cupones-regalo* los debéis conservar. Cuando tengáis varios, los podréis canjear por regalos en la siguiente forma:

Enviándome **3 cupones regalo**, recibiréis **una pluma estilográfica**.

Enviándome **6 cupones regalo**, recibiréis **un balón de fútbol**.

Enviándome **10 cupones regalo**, recibiréis **un reloj de pulsera de plata**.

Enviándome **25 cupones regalo**, recibiréis **una máquina fotográfica**.

Enviándome **50 cupones regalo**, recibiréis **un reloj de pulsera de oro**.

Enviándome **100 cupones regalo**, recibiréis **una magnífica bicicleta**.

**SEGUNDA COSA ESTUPENDA.**—Además, por cada suscripción nueva de un año que me remitáis con su importe, os regalaré un **lote** de cincuenta números para la rifa de

## ¡¡CINCO MIL PESETAS EN METALICO!!

que se sortearán en cuanto esté repartido el **lote** núm. 10.000.

**TERCERA COSA ESTUPENDA.**—En Navidad de 1926 regalaré **MIL PESETAS** en metálico, a Pinochista que más suscripciones me haya enviado, siempre que su número pase de ciento como **mínimum**.

## C O R R E S P O N D E N C I A

**Carmencita y Maruja Borrás Bono.** (Calig, Castellón).—Mis queridísimas amiguitas: Conforme Pirula leyó vuestra carta, me dijo con extraordinaria viveza: «Contéstales en la correspondencia, Pinocho. Dillas que las quiero muchísimo y que me alegra bastante ver sus letras. Son dos Pirulinas, dos buenas y deliciosas Pirulinas. Contéstales, Pinocho. Mándales recuerdos, besos y abrazos míos».

Fiel al mandato de Pirula os contesto inmediatamente. ¿Qué puedo decirlos? Me alegra mucho vuestra efusión y... siento que estas adivinanzas, con ser tan bonitas, no se presten a la página en que publico los problemas. Ello no es una contrariedad. Para otras niñas quizás lo fuera; pero para vosotras, tan listas, tan inteligentísimas, tan graciosas, no lo es. Estoy seguro que dentro de poco, apenas conozcáis esta carta, recibiré de Calig un sobre imponente, repleto de chistes, dibujos, cuentos, problemas e historietas. Y entonces ¡qué alegría en complacer a mis amiguitas Carmencita y Maruja! ¡Qué alegría más grande! Será uno de mis días felices, acaso el día más feliz de mi vida de periodista.

De manera que... a mandar.

Abrazos, besos, apretones de manos, inclinaciones de cabeza, etc., etc.

¡Buena suerte!

**Anita Caballero** (Cistierna, León).—¿Cuánto me ha gustado tu dibujo, mi querida Anita! ¡Qué bien está! ¡Qué líneas! ¡Qué perfección! ¡Qué perfil! Parece egipcio, parece bizantino, parece lo que es: una maravilla. Pero... ¿por qué no lo hiciste en papel blanco? ¿Por qué has venido a construir esta cabeza en la gruesa y oscurísima cartulina de un cuaderno? ¡Cuánto lo siento, Anita! ¡Qué pena que tu dibujo, tan fino, tan pulcro, no pueda salir en PINOCHO! ¡Procurarás en otra ocasión, para tus dibujos, un papel blanco, limpio, digno de las maravillas que han de contener luego! Creo que sí. Espero. Adiós. Perdón.

**Isabel Alta Pasos.** (Oropesa, Toledo).—No hay ninguna condición que te ponga a salvo de la obligación de remitirme los sellos. Espero, pues, que me los mandarás a la mayor brevedad posible para que yo pueda enviarte los números. Es condición impuesta a todos los Pinochistas, y no puedo hacer excepciones. Y otra cosa: me remites el cupón núm. 1 de regalo. Así no es valdadero. Es preciso mandarlos de una vez, cuando termine de publicarse la colección.

Mucho me alegraré que en este sorteo tengas más suerte que en el anterior. Un abrazo muy apretado de tu mejor amigo de madera. Besos de Pirula.

**Antonio ALEN.** (Madrid).—Mándame tu dirección para remitirte los números del próximo sorteo.

**Adolfo Sánchez-Real.** (Madrid).—También necesito tu dirección para enviarte los números.

**Mercedes Pérez.** (Mahora).—Dime si has publicado algo, y en qué número, pues como no eres suscritora, necesito saber por qué concepto he de remitirte los números que me pides.

**Luis Flórez de Losada.** (Segovia).—Mándame tu dirección.

**Arsenio Cano.** (Madrid).—Cuánto siento, querido Pinochista, que tu maceta, con tan lindas y encarnadas rosas, no pueda salir en PINOCHO. Es una pena, pues el tiesto ofrece todos los encantos de un tiesto. Pero qué quieres: me mandas un dibujo en colores, y no a tinta; me mandas una maceta de *verdad*, en un barro cocido, completamente rojo. Sobre tu dibujo —tan estupendo, sin embargo— se cierna la noche, el olvido, la impubliación... Mándame otra cosa, y a tinta.

**Eugenio Morales.** (Madrid).—Me gusta muchísimo tu auto; pero no puedo

publicarlo por venir a lápiz, contra las más fundamentales reglas de la colaboración infantil. Y lo siento. Enviame tus dibujos a tinta, como veppo ordenando desde que tuve la gran idea de fundar esta Revista, y verás cómo salen tus obras —tus maravillas— en PINOCHO.

**María Subiza.** (Ribadeo).—Mi querida María: Si de un número de PINOCHO me mandas, por ejemplo, tres problemas, encantado. Si me mandas más, mejor. Pero no es una dificultad, ni mucho menos, el que no me mandes, a veces, más que uno, una sola solución. Cada uno hace lo que puede, y sería una mala acción por mi parte obligar a los Pinochistas a resolver todos los problemas que salen en PINOCHO.

Tu suscripción, que comenzó en el número 9, concluirá en el número 60.

Adiós, María. Hasta otra.

**Alfredo Díez.** (Alfaro).—Mi amigo Alfredo: Otros trabajos tuyos no me han parecido tan buenos, tan magníficos, como los que hoy me remites. Son los de hoy, por muchos conceptos, admirables, y tu carta, la que acompaña a tus trabajos, más admirable todavía. Me emocionan tus elogios, me llenan de una honda satisfacción, querido Alfredo. Verdad que lo merezco, según veo, pues la última reforma de PINOCHO es, a no dudar, una muestra palpable de mi generosidad y de mi buen gusto. Así lo han reconocido todos los Pinochistas, y tú entre ellos. Y así he venido a saberlo por los treinta ríos de carta que han entrado por las treinta puertas de mi palacio.

Basta por hoy. Un abrazo, dos abrazos, todos los abrazos que quieras.

# PINOCHO

## CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 46

El Pinochista D. ....

de ..... años, y cuyas señas son .....

remite un trabajo para el Concurso de ..... (1).

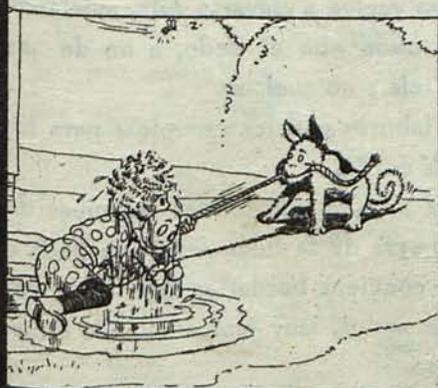
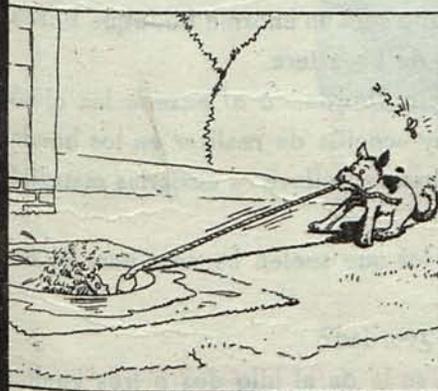
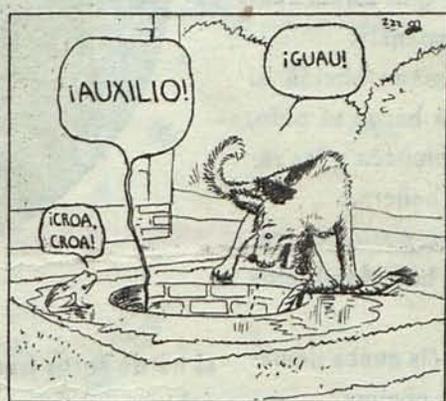
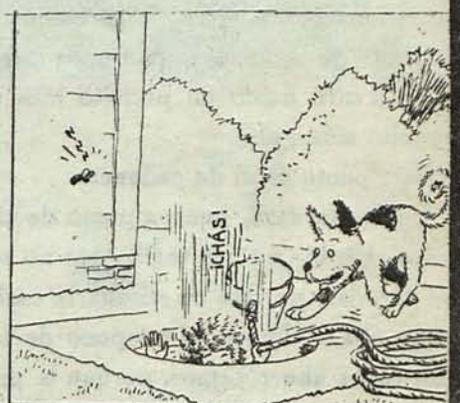
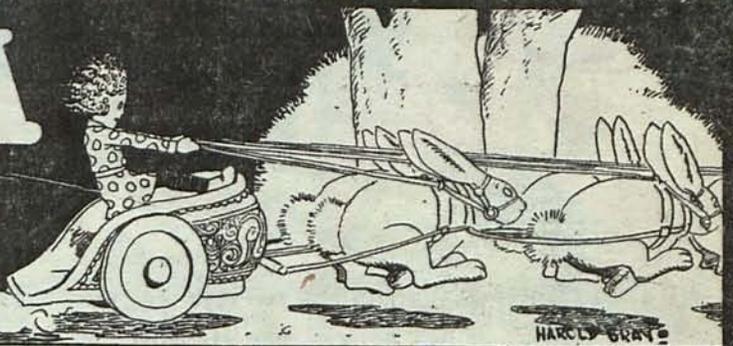
Fecha ..... (Si es suscriptor, poner el número .....)

(1) Indicar el que sea. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

Estamos preparando, y pronto ofreceremos a los **PINOCHISTAS**, unas magníficas tapas para encuadernar este **Semanario**.

Ayuntamiento de Madrid

# ANITA BUEN- CORAZON





# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, BORDADORA

*Toalla.*—Es maravilloso lo bien que ha realizado la

pequeña Cucha las servilletas bordadas cuyo dibujo os presenté en el número de la semana pasada. Decididamente ya domina el punto de zurcido; pasaremos, pues, a otro punto un poquito más difícil, pero muy poquito más, ¿eh?

Este punto es el de cadeneta.

Cucha bordará, pues, a punto de cadeneta este gracioso «Kiriki» en una toalla, que no será ni de esas rusas tupidas, porque os resultaría casi imposible trazar sobre ella el dibujo, ni tampoco de las de tejido fino, que todas aborrecemos, porque la primera vez que se usan no secan, y la segunda... mojan.

Será, pues, una toalla de ese tejido que forma cuadraditos en relieve y al que le llaman «panal».

Como Cucha parece que le ha tomado afición al punto de zurcido, puede utilizarlo para hacer el pelo, el lazo, los mofletes, las rodillas de la muñeca y las rayitas verdes que simulan el agua de la bañera.

*Bolsa para labor.*—Para aficionarse a cualquier trabajo que sea, nada mejor que usar para hacerlo objetos gratos a la vista.

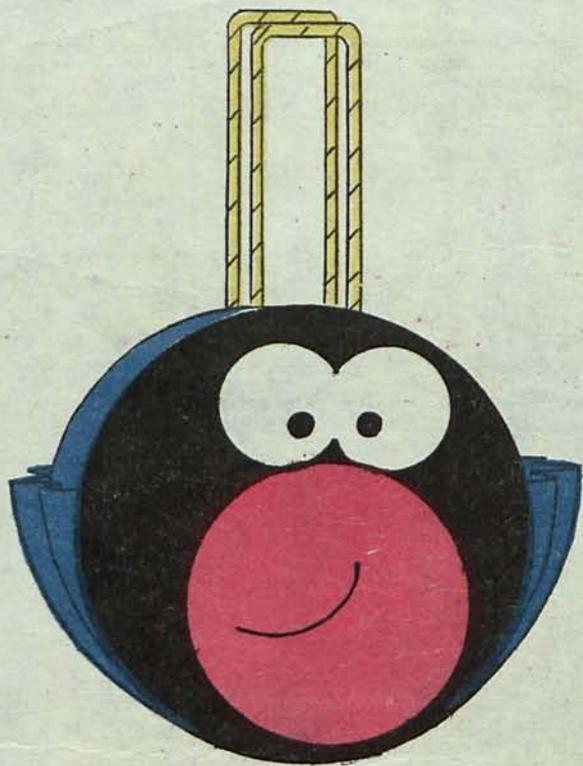
Por eso no os ingeniareís ni esmerareís nunca demasiado en la confección de una bolsa de costura.

Y a pesar de que ya en distintas ocasiones os he presentado modelos que, con gran alegría mía, habéis acogido favorablemente, hoy os presento otro, acaso el más original de todos, por su forma y por su dibujo.



Este dibujo —ya lo habéis reconocido todas— es nuestro viejo amigo Currinche, y su mueca maliciosa se debe a que está meditando una nueva manera de pasar el rato con Don Turulato.

Esta bolsa puede hacerse con telas recortadas; pero



si he de seros franca, me parece más sencillo bordarla sobre una tela negra, lienzo de hilo, bayeta, paño o tutor de algodón.

La boca del negrito será un enorme bodoque bordado en rojo a punto de Lagartera.

Y lo mismo los ojos, bordando *al pasado* las niñas.

Otra manera muy sencilla de realizar en los bordados la idea de masas en relieve es cuajarlas materialmente de nudos.

Estos nudos son los que suelen hacerse para el corazón de las flores.

Sabéis hacerlos, ¿verdad?

Se saca la aguja, se le da al hilo dos o tres vueltas (o más, si se quiere que el nudo resulte más gordo) con la aguja, y luego vuelve a clavarse ésta, sujetando cuidadosamente el nudo con el dedo, a fin de que quede pegado a la tela y no cuelgue.

En esta clase de labores conviene emplear para los nudos algodón *perlé* gordo.

Los bodoques *al pasado* que forman las niñas de los ojos y la raya negra de la boca —ésta se hace a punto de cordón— conviene bordarlos lo primero, rodeándolos luego de nudos, muy juntos unos de otros. El efecto es precioso.

□ □ □